
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
LA SINFONÍA
CÓSMICA
por el PROFESOR HASLEY.
José Luis

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Profesor HASLEY

# SINFONÍA CÓSMICA




## CAPÍTULO I

LOS dos hombres estaban inclinados sobre la complicada mesa de control: Varios de sus ayudantes miraban con sumo interés las caras de los dos, pues, aunque no sabían a ciencia cierta de qué se trataba, estaban, sin embargo, convencidos de que algo de mucho interés sucedía.

—Vuelva usted a comprobar el reductor magnético, Burton.

El aludido comenzó una serie de operaciones matemáticas, auxiliado por un pequeño cerebro electrónico y luego fue cambiando sucesivamente una serie de conexiones eléctricas. Sin

levantar los ojos de los complicados mecanismos que manejaba, murmuró:

—No cabe la menor duda, profesor. Están en orden.

Los dos hombres que sostenían este breve diálogo eran dos seres completamente antitéticos. Burton era un hombre de unos treinta y ocho años, alto, pelo negro y ojos azules; mediría un metro ochenta centímetros y los ochenta y siete kilos de su peso estaban perfectamente distribuidos a través de una sólida y armoniosa arquitectura muscular. Por el contrario, el profesor era hombre de unos cincuenta y cinco años, de regular estatura y algo grueso. Lo más característico era su rojizo pelo rizado, haciendo juego con una barba del mismo color y de unos diez centímetros de larga.

El más joven se llamaba Burton Lask, tejano de nacimiento y eminente físico. El profesor tenía ascendientes irlandeses en la familia y se llamaba Ezequiel Richardson, astrónomo americano cuyos trabajos eran conocidos en todo el orbe.

—No comprendo qué pueda ser esto -—murmuró el profesor.

—¿No estaremos registrando en el aparato algunos de los materiales que llevamos nosotros mismos?

—No lo creo —dijo el profesor—. En total tendremos alrededor de dos gramos y medio de radium puro.

Burton volvió a hacer unas operaciones.

—Sí. La radioactividad arroja un índice correspondiente a más de 10.152 gramos de radium puro.

—¿Puede localizarme exactamente el lugar de donde procede la radiación?

Burton volvió de nuevo a hacer uso de los instrumentos que manejaba y poco después pudo informar con precisión:

—Ese lugar está a unas dieciocho millas en dirección noroeste del lugar que ocupamos nosotros.

El profesor Richardson se irguió y volvió la cabeza hacia el pequeño grupo de auxiliares, que esperaban en actitud respetuosa.

—Profesor Bolen.

—Diga, Richardson.

—¿Tiene ahí las actas de registro de la estación?

—Sí. Espere usted unos segundos, que las traeré en seguida.

El profesor Bolen salió de la habitación y poco después volvía con un pequeño archivo en las manos.

—¿Qué dato es el que le interesa, profesor?

—Sólo los resúmenes de los cuatro últimos años.

Bolen comenzó a ojear los papeles. Luego dijo en voz alta:

—Año 1970: Índice de radioactividad 0'02. Año 1971: Índice de radioactividad 0'8. Año 1972: 0'3. Año 1973: 0'02.

—Eso me parecía recordar —dijo el profesor Richardson.

—Las cifras están expresadas en unidades universales, según el convenio de 1964.

—-¿A qué fue debido que en el año 1971 aumentara tan desproporcionadamente la radioactividad en esta zona?

Burton tomó la palabra:

—Cuando vinimos aquí hace unos años la zona estaba sumida en una ligera nube radioactiva, consecuencia de las últimas experiencias nucleares hechas en el desierto de Gobi.

—Sí. Ya recuerdo. ¿Y cuál es la cifra en estos momentos, Burton?

Burton Lask miró de nuevo los aparatos de registro.

—rll'9.

El profesor Richardson se mesó las barbas con profunda preocupación.

—Decididamente, esto es superior a mi entendimiento.

—¿Quiere decir —preguntó Bolen—, que la radioactividad de la zona en la actualidad es de 11'9?

—Sí —afirmó Burton—. Incomprensiblemente, pero es así.

—Señores —-dijo Richardson volviéndose a sus ayudantes, todos ellos científicos de extraordinaria categoría—, ¿pueden ustedes hallar alguna explicación al asunto?

Todos se miraron en silencio durante unos segundos.

—El caso es muy difícil de explicar —intervino el químico Robert H. Kipper—. En determinadas circunstancias, no es raro que haya un ligero aumento de la radioactividad. Algunos materiales, merced a una inesperada reacción química, comienzan a desintegrarse espontáneamente, pasando del estado metastable en que se encuentran a una forma activa. Pero tanto como para llegar a un aumento tan grande, es algo que no consigo comprender.

—Como no haya sucedido un profundo cataclismo en el interior de la Tierra —aventuró Bolen—, que haya elevado más hacia la superficie importantes núcleos de materias radioactivas...

—No. Eso está descartado —intervino Burton—. Si así sucediera el aumento hubiera seguido una línea ascendente con perfecta continuidad. Sin embargo, aunque se ha producido el aumento, ha sido a través de diversos altibajos. En este momento el registro indica 9'6. ¿Ve usted profesor Bolen?

— Me declaro vencido. No encuentro ninguna teoría que pueda

justificar lo que sucede.

—Señores —tomó la palabra Richardson—, quizá cuando lleguemos a descubrir el porqué de éstas anomalías la cosa tenga una explicación tan simple que a nosotros mismos nos asombre. Por el momento he de decirles que nos encontramos ante un fenómeno que requiere que pongamos toda nuestra atención en el asunto.

—¿Qué es lo que se le ocurre, profesor? —preguntó Burton.

—Verá usted: Descartada la posibilidad de una nube radioactiva, posibilidad que debemos descartar por dos razones: Primera, porque nuestros sismógrafos no han registrado ninguna explosión atómica en la Tierra desde hace más tiempo del necesario para que sus efectos hubieran ya pasado…

—Perdone que le interrumpa, profesor —dijo Burton—, pero quizá se trate de una desintegración sin violencia.

—Sí, Burton, pero en ese caso la radioactividad no estaría tan localizada como usted mismo ha podido comprobar.

Burton quedó convencido por el argumento del profesor.

—De todas maneras —continuó Richardson—, la única posibilidad que tenemos de acercarnos a alguna conclusión es hacer una inspección del emplazamiento radioactivo.

—¿Quiere usted decir que debemos hacer una excursión hacia el lugar indicado por el profesor Burton —intervino Bolen.

—Algo así, profesor. Aunque al hablar de hacer esa excursión no podemos emplear el plural.

Richardson se explicó, ante la mirada de asombro de sus ayudantes:

—La razón es muy sencilla, señores. Aunque el grado de radioactividad no es todavía peligroso para el ser humano, se acerca mucho a su límite. Para salir a la estación de nuestro recinto y, mucho más, para acercarse al emplazamiento de la zona radioactiva, es preciso llevar un traje protector. Desgraciadamente, no tenemos más que uno de los dos utilizados para hacer las reparaciones necesarias en el interior de nuestros aparatos. El segundo de esos trajes sufrió hace unos días una pequeña desgarradura, lo suficiente sin embargo para quedar inservible.

—Es un contratiempo en el que no había pensado —dijo el encargado de la sección de química.

—Tiene razón, profesor —añadió Bolen—. Será preciso que uno de nosotros realice ese trabajo.

—Ya he pensado en quién puede ser —dijo Richardson—. Puede ir Burton, si no encuentra dificultad en ello.

—De ninguna manera, profesor. Haré con mucho gusto ese

trabajo. Después de todo, los veinte días que llevamos metidos en este agujero me hacen desear un buen paseo.

—Me alegro que lo tome usted así, aunque tengo que prevenirle contra su excesivo optimismo. ¿Sabe que tendrá que hacer a pie todo el camino, por un paisaje endiablado y soportando temperaturas siempre inferiores a $0^{C}$?

—No dejo de considerarlo, profesor —contestó Burton, a quien no le importaba arrostrar las incomodidades de su solitaria expedición con tal de romper la monotonía de los últimos días.

Decidida, pues, la cuestión y siendo ya hora de cenar, aquel grupo de hombres continuó en el pequeño comedor la discusión de los detalles de la expedición de Burton, que no estaba, ni mucho menos, desprovista de peligros.

Se decidió que saldría al día siguiente, en las primeras horas de la mañana. Su equipo consistiría, además del traje antirradiactivo, en una pequeña tienda de campaña tejida con finísimo hilo de acero y con un peso no superior a cuatro kilos; unas claveteadas botas para el hielo; cuatro kilos de aparatos de control y unos diez kilos de comestibles, más seis kilos, como peso total, del equipo de calefacción por medio de pilas eléctricas.

Luego Richardson sacó un mapa de la región y fueron señalando, tras un detenido estudio, el itinerario que seguiría Burton.

—Por poco se me olvida —erijo Richardson—. Tienes que llevar una emisora-receptora de radio.

—Creo que va a ir demasiado cargado —intervino Bolen.

—Así lo creo —confirmó Richardson—, pero no hay otro remedio. Siendo a tan poca distancia de aquí creo que puede emplear el equipo de bolsillo, que apenas si pesa seiscientos gramos.

—De acuerdo —dijo Burton—-. No es demasiado peso. Lo único que puede suceder es que avance lentamente. Yo calculo dos días para llegar y quizá tres para la vuelta.

—Si usted tiene cuidado —aconsejó Richardson—, puede realizar el viaje en ese plazo. Ya sabe usted lo terriblemente difícil que es este terreno. Procure no sufrir ningún accidente.

—Le aseguro que así lo haré —contestó Burton con una sonrisa.

—En caso de accidente, comuníquenoslo en seguida por medio de la emisora; saldremos a buscarle aunque tengamos que correr cualquier riesgo.

—No se preocupe, profesor. Estoy seguro que todo saldrá a pedir de boca.

—Entonces, creo que debemos retirarnos a dormir.

—Habrá que madrugar mañana y Burton tiene que descansar.

Unos segundos después la reunión había terminado y cada uno de sus componentes se retiró hacia sus habitaciones, socavadas en la misma roca.

* * *

Burton Lask se aseguró de que la calefacción autónoma estaba a la temperatura conveniente y se deslizó en la cama.

El problema que se les había suscitado a aquel grupo de hombres le tenía profundamente intrigado. Como uña cinta cinematográfica, fue pasando por su mente la parte más importante de los detalles de aquella aventura, que había comenzado una noche de invierno en el despacho del propio Presidente de los Estados Unidos.

Burton había sido llamado a presencia del Presidente, llenándole de asombro la convocatoria. Cierto que su nombre comenzaba a sonar en el mundo científico gracias a sus trabajos sobre los movimientos ondulatorios; pero no comprendía que podía querer de él el Presidente de los Estados Unidos.

Cuando llegó a su despacho encontró reunidos a todos los hombres que hoy formaban el equipo que había decidido su partida para la mañana siguiente.

Como en un sueño recordaba la exposición del fantástico proyecto; Se trataba de partir hacia el monte Everest, al objeto de instalar allí una estación meteorológica, capaz de informar, con dos años de antelación, de la marcha, más o menos aproximada, de los fenómenos meteorológicos.

Un importante grupo de científicos, a cuya cabeza iría el famoso profesor Richardson, instalaría la estación y luego la visitaría cada año durante un mes.

El Gobierno de la India había dado su aprobación al proyecto y la prensa de todo el mundo se hacía eco de la expedición y vio con simpatía la actuación americana, máxime cuando oficialmente se declaró que estos datos serían entregados a todos los Gobiernos e instituciones científicas de la Tierra.

Lo que no supo nunca más que un reducido grupo de hombres es que en aquella fantástica estación meteorológica, Richardson y sus hombres iban a instalar un nuevo invento, mantenido en secreto, capaz de controlar todas las operaciones de desintegración nuclear qué pudieran hacerse en cualquier parte de la Tierra.

Precisamente este fue el motivo por el que había sido llamado Burton a formar parte de aquel formidable equipo.

Las ideas le asaltaban llenándole de sugerencias con respecto al extraño fenómeno que había podido constatar unas horas antes.

Lo más incomprensible del caso es que se encontraban en una zona casi totalmente desértica. Zona poblada por encrespadas cordilleras y profundos valles y cuya constante temperatura hacía la vida casi imposible.

¿A qué o a quién atribuir aquel crecimiento de la radioactividad en un lugar casi despoblado?

El tiempo fue pasando y Burton decidió dejar de pensar en la cuestión, al objeto de dormir algunas horas y encontrarse en buenas condiciones físicas para emprender su solitaria excursión a la mañana siguiente.

# CAPÍTULO II

LA mañana siguiente uno de los subalternos del laboratorio sacudió suavemente a Burton, hasta despertarle.

—Ya es la hora, señor.

— ¡Caramba! —murmuró éste con una sonrisa—. Juraría que acababa de dormirme.

—Son las seis de la mañana, señor.

—Bien. Voy allá.

Ya se retiraba el hombre cuando Burton le preguntó:

—¿Qué tal día hace?

—Un buen día, señor, ha salido el sol y no hay viento.

— ¡Magnífico! Bien, di al profesor Richardson que ahora mismo estoy con él.

Rápidamente se levantó de la cama y se dirigió al lavabo donde hacía sus abluciones matinales. Poco después pasaba por el comedor, donde tomó un cargado café, bien caliente y se dirigió hacia el despacho del profesor.

Los hombres más importantes de aquella expedición estaban ya reunidos esperándole.

—Buenos días a todos.

—Sí. Afortunadamente, buenos días —dijo Bolen.

—¿Qué? ¿Está usted preparado? -—preguntó Richardson.

—Me encuentro en perfectas condiciones. Puedo salir en seguida.

—Sería conveniente —intervino Kipper—, que alcanzase el valle Noroeste antes de la tarde.

—Sí. Eso sería conveniente —replicó Richardson—. El día ha amanecido espléndido, pero mediada la tarde quizá se levante un fuerte viento.

—Sí. Creo que podré alcanzar ese valle antes de las cinco.

Richardson sacó un mapa y, por última vez, enseñó a Burton el camino que debía seguir. A nadie se le escapaba el riesgo de la

aventura: Descender del monte Everest, aunque se había elegido el camino más fácil, no era cosa que pudiera hacerse sin riesgo. Aunque la ascensión y descenso al techo del mundo estaban facilitados en su tramo más difícil por un teleférico, maravillosa obra de ingeniería que asombró a todos cuando se hizo, el camino que tenía que seguir Burton era el de la parte contraria. El lugar donde tenía que hacer la comprobación se encontraba en la otra vertiente del monte Everest, y descender por el camino normal establecido hubiera supuesto ocho días más de viaje, ya que hubiera tenido que hacerlo por el lado contrario del monte y dar un gran rodeo, hasta encauzarse en la ruta que debía seguir.

—La radioactividad ha disminuido algo —dijo Kipper, que confrontaba los últimos partes que acababan de recibir de la sección encargada del registro.

—¿Qué radioactividad hay ahora? —preguntó Richardson.

—8’3.

—Sí. Parece ser que va en descenso —apuntó Burton—. Creo que lo mejor es que salga cuanto antes. Quizá se trate de un fenómeno pasajero y no llegue a tiempo de poderlo experimentar en su misma fuente.

—De acuerdo; si está usted dispuesto, puede emprender la marcha,

Burton se dirigió, acompañado de los demás, hacia una de las habitaciones, donde se le tenía preparado el equipo de alpinista. Ayudado por dos servidores se colocó el equipo y sobre éste la mochila donde llevaba las provisiones y los instrumentos requeridos para el caso.

—La parte más arriesgada es el descenso —dijo Richardson—. Lo hará usted sujeto a un cable que hemos dispuesto para el caso. Con ello conseguirá llegar usted hasta la primera quebrada, que se encuentra a unos ochocientos metros. De ahí en adelante el camino es ya relativamente fácil.

Realizadas, pues, las últimas operaciones de avituallamiento el grupo de hombres se dirigió hacia el exterior del laboratorio, que se encontraba en la cima misma del monte Everest. Uno de los empleados subalternos se acercó a Burton y le ató a la cintura un finísimo pero resistente cable de acero, y dio la señal a los hombres que manejaban el motor que accionaba el rodillo donde estaba arrollado el cable, para que estuvieran dispuestos.

Los demás hombres de la expedición le estrecharon la mano y le desearon buena suerte. Luego comenzó a descender de aquella escarpada cumbre, en otros tiempos inaccesibles, y que la audacia y el ingenio humanos habían hecho lugar de cotidiano trabajo.

Surtan fue descendiendo suavemente, dando la cara a las propias paredes inclinadas del monte. Sus pies, apoyados en la superficie casi vertical, iban impulsando suavemente el cuerpo y aquella especie de saltamontes iba avanzando hacia las profundidades.

Durante más de una hora estuvo realizando con sumo cuidado aquella tarea. Por fin llegó a una parte de la falda del monte menos vertical; de allí en adelante ya no tendría que seguir el mismo procedimiento para descender; le bastaba simplemente avanzar de espaldas y con cuidado. Finalmente, llegó a una parte de su camino donde pudo prescindir perfectamente de la sujeción que le proporcionó el cable de acero. Levantó los ojos y vio en aquella mañana de sol la cumbre del monte Everest perdiéndose a gran altura sobre su cabeza.

Con gesto pausado se desató el cable de la cintura y continuó su camino a pie. Durante la mayor parte del día siguió su camino, deteniéndose sólo de vez en cuando para tomar algún alimento. Así le sorprendió la noche, a más de la mitad del camino que tenía que recorrer.

Burton miró por los alrededores y encontró entre las rocas un pequeño abrigo, donde le pareció que podía plantar su tienda de campaña.

El viento había comenzado a soplar y llevaba aspecto de convertirse en huracán. Aquella recortadura entre las rocas lo protegía perfectamente y era lo suficientemente amplia para montar su tienda.

Descargó de su espalda la mochila y poco después había montado la pequeña tienda de campaña y enchufado el calentador eléctrico a las pilas que llevaba para el caso. Aunque se encontraba en perfectas condiciones, notaba el cansancio, consecuencia del gran esfuerzo que había realizado.

Rápidamente se preparó una cena abundante y, luego de tomar dos tazas de café, consiguió sumirse en un sueño reparador. De vez en cuando se despertaba un momento, por el agudo silbido del viento entre las rocas, que se había desatado señoreando por completo las altas cimas de la cordillera Himalaya.

La mañana siguiente no despuntó tan brillante como la anterior. Un viento de nieve había invadido una gran parte de la cordillera y tuvo que emprender su camino a través de la niebla. Afortunadamente, despejó a mediodía y pudo ver el sol iluminando perfectamente su camino.

Ya había abandonado las grandes alturas y se deslizaba con relativa facilidad por quebrados caminos que conducían a su objetivo.

Durante todo el camino fue Burton haciendo observaciones con los instrumentos de control que llevaba y señalando sobre el mapa los distintos grados de radioactividad que podía constatar en cada uno de los lugares. Por último, empezó a declinar el sol y Burton se detuvo cuando empezaba a despuntar la noche. Cansado por el duro viaje, descargó su impedimenta y montó la tienda de campaña.

Consultó el mapa y pudo comprobar que se encontraba casi en el mismo centro de la zona radioactiva. Había montado su tienda en una pequeña quebrada, al objeto de asegurarse de los posibles vientos y teniendo frente a sí, a unos seiscientos metros de distancia, un pequeño montículo, detrás del cual se encontraba el valle donde tenía que hacer las últimas comprobaciones.

Vaciló unos instantes, pero se encontró demasiado cansado para proseguir el viaje. A la mañana siguiente se dirigiría allí y haría la comprobación.

Después de cenar y tomarse una taza de té bien caliente, se puso la ceñida funda de nylon que le servía para protegerse del frío en semejantes ocasiones, e intentó conciliar el sueño.

Burton no sabría decir qué fue exactamente lo que le despertó. El hecho es que de pronto se encontró con los ojos abiertos, envuelto por la oscuridad de la noche. Aguzó el oído, por si era algún ruido lo qué le había despertado, y el silencio más absoluto reinaba a su alrededor. Una ligera luz iluminaba el interior de la tienda de campaña. Al principio Burton no supo a qué atribuirla. De pronto comprendió. Se volvió hacia el otro lado y vio en el suelo un pequeño instrumento que producía la luz que iluminaba el interior de la tienda de campaña: era su contador de centelleo para la radioactividad.

Con gesto rápido se incorporó y cogió el aparato. En aquellos momentos la radioactividad indicaba 15’4.

Burton sintió una gran excitación y se puso de pie. Con gran rapidez se puso la capucha, que era lo único que se había quitado del traje anti radioactivo, y se ajustó los guantes.

Indudablemente se encontraba en el momento agudo del fenómeno y era preciso obrar.

Pocos segundos después, y sin otra impedimenta que los necesarios aparatos de control, salió del interior de la tienda de campaña. Haciendo minuciosas y continuas observaciones, fue avanzando en dirección al montículo que cerraba la entrada del valle.

Más de una hora tardó en recorrer los seiscientos metros, obligado a detenerse a cada instante para realizar sus anotaciones.

Por fin llegó al pie del montículo, que no tendría más de 80

metros de alto. La radioactividad comenzó a descender y poco después se cifraba en 3'5.

—Verdaderamente esto es incomprensible —murmuró en voz alta Burton.

Siguió avanzando y, por último, se encontró al pie del montículo. Tras vacilar unos segundos, decidió remontarlo para hacer algunas observaciones a la entrada del valle.

Lenta pero seguramente, fue ascendiendo hasta llegar a la cima. Desde allí lanzó una ojeada hacia el extenso valle que se extendía al otro lado, hasta perderse en los confines que alcanzaba la vista a la débil luz de la luna

El valle tendría unos dos kilómetros de ancho por veinte o treinta de largo. En primer término, a unos seiscientos metros de donde se encontraba Burton, y sobre una pequeña colina aislada, se levantaba la imponente mole de un templo Budista, de grandes dimensiones aunque de techo bajo.

Burton conocía por referencias la existencia de aquel templo. En otros tiempos, la expedición encargada de montar el observatorio en la cumbre del monte Everest, había tenido que entablar relaciones con el Lama que dirigía el monasterio, al objeto de seguir una política de buena vecindad con los misteriosos habitantes de aquél, entregados a sus milenarias prácticas.

Si grande había sido la sorpresa de Burton por el fenómeno físico registrado en el observatorio y comprobado luego por él, no lo fue menos al contemplar la fantástica escena que tenía ante sus ojos.

El valle no estaba sumido en la soledad. Del interior del monasterio surgió una larga columna de Bonzos, con sus extraños trajes y la cabeza pelada, que avanzaban de dos en dos, portadores de antorchas encendidas que iban iluminando fantásticamente una amplia zona de la llanura que se extendía al pie del montículo.

De vez en cuando se escuchaba el lento y vibrante sonido de un gong gigantesco y una lejana música invadía la atmósfera, dando a la escena una fantástica apariencia, más propia de un sueño que de una realidad.

Burton sacó sus prismáticos y los enfocó hacia el lugar donde se desarrollaba tan extraordinaria escena. Gracias al instrumento de larga vista lo tuvo todo ante sus ojos como si sucediera a pocos metros de distancia.

La doble fila de Bonzos se bifurcó en direcciones contrarias y luego evolucionó hasta formar una circunferencia, encerrando un amplio círculo del terreno, que quedaba iluminado con la fantástica luz de las antorchas.

Burton miraba fascinado la escena, aunque en el fondo de su corazón estaba contrariado por la misma. Indudablemente, se trataba de alguna ceremonia religiosa de aquellos monjes, y Burton sabía que hubiera sido peligroso interrumpirla con su presencia. Así, pues, no tenía más remedio que esperar a que terminara, si es que quería hacer alguna observación en el interior del valle.

Poco después, y surgiendo de la oscuridad de la noche, fueron llegando alrededor del círculo formado por los monjes, centenares y centenares de hombres, la mayor parte de ellos montados en los pequeños pero resistentes caballos tibetanos, y que respetuosamente fueron sentándose alrededor del círculo.

Burton comprendió que no se trataba de una ceremonia corriente.

Los recién llegados debían haber venido de lejanos sitios de la cordillera. Sus cabellos llenos de polvo, sus diferentes vestiduras, indicaba claramente que habían venido de apartados lugares.

Una creciente curiosidad fue invadiendo el ánimo de Burton. Pensando que había de esperar hasta que terminara la ceremonia para poder adentrarse en el valle y hacer sus últimas observaciones, decidió dejarse arrastrar por tal curiosidad y observar con detalle aquella ceremonia, que quizá ningún hombre blanco había tenido ocasión de ver.

Así, pues, descendió del montículo por la parte Sur y luego, dando un rodeo, por el Este, consiguió adentrarse en el valle, amparándose en las sombras de la noche. Con gran cuidado fue acortando distancias y llegó a situarse en la falda del montículo que sustentaba el templo Budista. Buscó con aguda mirada y encontró por fin un lugar apropiado, entre unas rocas, desde el cual podía observar, sin ser visto, toda la escena y estando a escasos metros del centro de la misma.

Entonces pudo escuchar una sorda salmodia entonada por los Bonzos, que permanecían en círculo con sus antorchas encendidas.

El resto de los hombres estaban sentados respetuosamente alrededor de este círculo sagrado.

De pronto, un golpe de gong fortísimo lanzó su vibrante nota a lo largo del valle, dando a la atmósfera un larguísimo timbre sonoro, como si de pronto el aire se hubiera convertido en una melodía de una única nota. Después de esto, la más extraña sinfonía que hubiera podido imaginar hombre alguno empezó a invadir los ámbitos de la explanada.

Burton escuchaba asombrado. Del interior del monasterio surgió una sinfonía de sonidos a nada comparables. Eran como agudos silbidos que comenzaban en una agudísima nota para descender a

un grave profundo. En otras ocasiones era una serie sincopada de modulados sonidos, y cuando no, un bordoneo inmenso, como el producido por la gruesa cuerda de una inmensísima' guitarra.

Por mucho que se esforzó Burton, no pudo colegir qué instrumentos podían producir aquellos sonidos; además, aquella extraña música era de una sonoridad gigantesca que, a buen seguro, habría de oírse a más de diez kilómetros de distancia. Eran notas fogosas, agudísimas unas veces, largas y suaves otras, en tono crescendo o increscendo, marcadas de la más extraordinaria manera y componiendo una asombrosa música que extasiaba el espíritu de Burton, llenándole al mismo tiempo del más profundo asombro. Parecía como si unos misteriosos dioses paganos tocaran formidables y fantásticos instrumentos. Como si la Naturaleza misma se afanase con su mágica voz en entonar la más asombrosa de las melodías.

Tan asombrado estaba Burton, tan concentrado escuchaba aquella extraordinaria y maravillosa música, que no vio cómo, al mismo tiempo que los monjes interrumpían su cántico y guardaban el más absoluto silencio, apareció una extraordinaria figura en el dintel de la puerta del templo.

Indudablemente se trataba del Lama que gobernaba aquel monasterio. Era un hombre anciano de larguísima barba, blanca y puntiaguda, y envuelto en un ampuloso manto amarillo. Su cabeza estaba, al igual que la de los demás monjes, completamente pelada, y bajo sus hirsutas cejas centelleaban unos ojos agudos.

Con paso mayestático, descendió las gradas del templo y se dirigió hacia el círculo formado por los monjes. Un respetuoso silencio se había hecho sobre aquel lugar y, poco a poco, fue apagándose la maravillosa música.

Con decidido continente, el sacerdote se introdujo en el círculo y se sentó sobre una pequeña esfera dispuesta para el caso, hacia uno de los extremos del mismo.

Entonces todos los monjes le imitaron sentándose en el suelo y comenzaron de nuevo a salmodiar su extraño cántico.

Burton fijó intensamente su mirada en aquel hombre, de venerable figura, realzada por el profundo acento religioso de los cánticos de los Bonzos. El hombre había cruzado las piernas y sobre su regazo descansaban las manos, una sobre otra y con las palmas hacia arriba. Burton reconoció en aquella actitud la postura fundamental de un Yogui.

Así fueron pasando unos cuantos minutos. De pronto el Yogui elevó una voz suave y modulada, que Burton entendía sin gran dificultad pues conocía el idioma nativo:

— ¡Oh, Príncipe de la Quietud! ¡Señor del Himalaya! ¡Palabra de Buda! ¡Río donde cayó la Flecha! ¡Roca sin movimiento!

Dichas estas palabras, calló durante un instante y todos los monjes repitieron la invocación.

— ¡Danos tu consejo, Padre de los Consejos! ¡Haz que rompamos la Cadena Infinita! ¡Llévanos al Nirvana'!

Poco después el círculo de monjes repetía las mismas palabras.

Burton miraba fascinado aquella escena y se sentía incapaz de mover ni un sólo músculo de su cuerpo. Toda su atención estaba puesta en los ojos y en los oídos, intentando no perderse ni una sola palabra, ni un sólo gesto, de aquella ceremonia que, indudablemente, muy pocos blancos habrían tenido ocasión de contemplar.

Después de las últimas palabras, los Bonzos comenzaron de nuevo su cántico, esta vez acompañados por el anciano que, sentado sobre la esferilla con el dorso erguido y la mirada perdida en un punto indefinido del espacio, hacía sobresalir su voz sobre el sordo rumor producido por el cántico de los monjes.

De pronto la escena comenzó a iluminarse de una manera insólita. Un amplio círculo de luz fue inundando los ámbitos ocupados por aquellas gentes, hasta mostrar claramente perfiladas las figuras de los que allí se agrupaban.

Burton pudo constatar que, además de los principales personajes de aquella ceremonia, una gran multitud permanecía sentada alrededor de ellos y esperaba con gesto ansioso.

De las sombras que limitaban el círculo de luz surgió una inesperada figura. Se trataba de un hombre de aspecto asiático y mirada brillante, que soportaba con gran dignidad su vejez. Burton no pudo reprimir un agudo grito de sorpresa cuando lo vio. El atuendo de aquel hombre era totalmente insólito. Las piernas y el torso aparecían desnudos y sólo una leve falda cubría sus caderas. Su paso era sereno y apacible. Burton no podía comprender cómo era posible que aquel hombre soportara una temperatura que no sería inferior a los veinte grados bajo cero. Sin embargo aquel hombre avanzaba con gesto sereno sin importarle, al parecer, semejante detalle.

El círculo de Bonzos volvió a abrirse en dos filas, por en medio de las que pasó aquel hombre hasta tomar asiento en el suelo, a pocos metros del gran Sacerdote que había hecho las invocaciones.

Un profundo silencio invadió la extensión de aquel valle. El recién venido miraba hacia adelante, como si no se percatara de la presencia de nadie y guardaba un profundo silencio. Por último tomó la palabra:

—«El hombre está atado a la Cadena Infinita por sus muchos pecados. Nadie conseguirá salirse de la rueda hasta que su único acto se manifieste en la ausencia de todo acto. Detén a tu hermano para que no obre. Impídele pecar para que se interrumpa la rueda de su vida.»

Dichas estas palabras, aquel extraño ser se levantó y se dirigió con paso lento hacia el círculo de sombras que envolvían el lugar extrañamente iluminado.

Apenas se había hundido en las sombras, cuando de nuevo llegó a los oídos de Burton la fantástica melodía que había escuchado en el momento de aparecer el gran Sacerdote en la entrada del Templo Budista. De nuevo los silbidos, las más extrañas modulaciones, el temblor vibrante de una nota, el sincopado pespunteo de unos sordos rumores, fueron tomando cuerpo, hasta que toda la atmósfera vibró con aquella extraña música venida de no se sabía dónde. Había algo ondulado y melodioso en aquella música, como si extraños fantasmas cruzaran el espacio removiendo la atmósfera a su paso y dejando tras ellos una estela de taladrantes y sobrehumanas voces.

Burton guardaba el mismo asombrado silencio que todos los presentes. La extraña melodía fue apagándose y comenzaron de nuevo los cánticos de los monjes. Durante más de dos horas, Burton permaneció pegado al terreno contemplando el desarrollo final de la ceremonia.

Por último los monjes se retiraron hacia el monasterio y el resto de la multitud se dispersó en distintas direcciones dejando desierto aquel rincón del valle.

Burton tardó en reaccionar. Por último recordó la misión que le había llevado hasta aquellos lugares, y con gran cuidado comenzó a hacer algunas anotaciones; pero cuál no sería su asombro al comprobar que los efectos radioactivos habían pasado totalmente.

Poco después volvió sobre sus pasos, hasta llegar a su tienda de campaña, en la que se acostó, turbado por cuanto había visto e impresionado todavía su oído por el eco de la extraña melodía.

Durante algún tiempo se removió en el lugar donde yacía, pero finalmente pudo más el sueño y se hundió en una inconsciencia reparadora que le pondría en situación de emprender al día siguiente el camino hacia el observatorio.

## CAPÍTULO III

EL viaje de vuelta fue más penoso de lo que había supuesto. La ascensión hasta el lugar donde estaba el cable que le habría de servir para hacer la última escalada, le llevó un día más de lo previsto.

Cuando llegó al sitio se encontró con un grupo de tres hombres que habían salido en su búsqueda.

—Gracias a Dios que lo encontramos a usted, Burton —dijo Kipper, que era el que mandaba la expedición—. ¿Qué le ha sucedido?

—No ha sido nada. Calculamos mal las posibilidades del regreso. El terreno está demasiado accidentado y hay que poner mucha atención para no romperse algún hueso.

—Pero, hombre de Dios, pudo haber usted comunicado por radio.

Burton se dio cuenta de que la observación era de una terrible y simplicísima lógica, pero había sido tal su abstracción, sumido en cuanto había visto, que ni por un momento se le ocurrió hacer uso de la pequeña emisora.

—No ha podido ser —mintió descaradamente—. Se me descargó la batería y no he podido poner en contacto el aparato.

—Bueno, lo importante es que ya está usted aquí, En este momento acabamos de descender de la cumbre para lanzarnos en su búsqueda.

Luego fueron atándose sucesivamente al cable y, poco a poco, ascendieron hasta el observatorio, tarea que duró la mayor parte de la tarde.

Por fin Burton pudo dejarse caer sobre un sillón, totalmente agotado.

A una orden de Richardson, uno de los servidores trajo café bien caliente y los recién llegados se reconfortaron con la bebida.

—¿Bueno, qué ha sucedido? —preguntó Richardson.

-—Algo incomprensible. Cuando hice mis observaciones en el

valle, como asimismo al regresar, pude comprobar que toda radioactividad había desaparecido.

—Desde aquí constatamos algo semejante —intervino Bolen—. No sabemos a qué atribuir el fenómeno. Pensábamos que tal vez usted tendría algún dato de importancia.

—Pues siento defraudarles, pero esto es cuanto puedo decirles.

Los científicos reunidos en la rocosa sala pasaron dos largas horas intentando dar una explicación al fenómeno, sin conseguirlo.

—Bien, tendremos que esperar otra ocasión para ver si podemos dilucidar este caso —concluyó Richardson, mientras con gesto automático se acariciaba la rojiza barba—. De todas formas, haga un informe por escrito, al objeto de transmitirlo a las autoridades de nuestro país.

—Si me lo permite, profesor, lo haré mañana.

—Sí, No corre prisa. Hasta dentro de seis días no abandonaremos el observatorio.

—Entonces, mañana por la tarde estará concluido.

—Y díganos ¿no ha sufrido ningún accidente?

Burton vaciló unos segundos. Por último se decidió a contar cuanto había visto y escuchado en aquel misterioso valle. Bolen, Kipper y Richardson lo miraban con ojos incrédulos y cuando terminó no quedaron muy convencidos del relato.

—Vamos, Burton —dijo cariñosamente el profesor—, usted ha soñado eso.

—Le puedo asegurar, profesor Richardson, que me encontraba despierto y bien despierto.

— ¡Pero todo eso es fantástico! —intervino Bolen—, ¿Cómo quiere usted que un hombre soporte una temperatura de veinte grados bajo cero con un sucinto atavío que no sería bueno ni para soportar el otoño en los propios Estados Unidos?

—Yo mismo me he hecho esa pregunta mil veces, pero les puedo asegurar que es así.

—Las prácticas del Yoga llevan a veces a resultados insospechados —terció Kipper—. Pero hay algo que está por encima de eso. Usted dice que quedó iluminada una gran zona, en medio de la cual se encontraban los monjes y ese extraño hombre ¿no es así?

—Así es.

—¿Y no pudo usted ver dónde estaba situado el foco de luz?

—Lo más asombroso del caso es que por más que me fijé no pude encontrarlo.

—Pero bueno —intervino Richardson—, sería una luz indirecta.

—Yo no puedo aclararle mucho esta cuestión —dijo Burton—. Sólo puedo decirle que parecía luz del día, como si la escena se hubiera desarrollado durante el día y no durante la noche.

—Burton, hijo mío —dijo el profesor Richardson con tono cariñoso—, yo creo que está usted demasiado fatigado. Hace varios años trabaja incansablemente en sus experiencias sobre los movimientos ondulares y luego asistió con nosotros a este observatorio, donde las condiciones de vida y las energías que hay que derrochar hasta alcanzarlo son capaces de agotar a los hombres más fuertes. Usted debe haber delirado.

—Le repito una vez más, profesor, que no es así.

—Tenga en cuenta —intervino Bolen—, que el mal de las alturas ataca en muchas ocasiones de la manera más imprevista. Quizá el descenso de la cima del Everest lo hizo usted demasiado rápidamente y la diferencia de presión que ha sufrido ha podido llevarle a un estado de delirio, del que usted mismo no se ha dado cuenta exacta.

Burton iba a tomar de nuevo la palabra, pero comprendió que nada conseguiría de aquellos hombres escépticos incapaces de creer nada que no fuera fácilmente resumible en fórmulas o comprobable por los más rigurosos procedimientos científicos. El mismo dudaba a veces de todo cuanto había visto y escuchado. La escena resultó tan fantástica que se sentía incapaz de comprender su verdadero significado y, por lo tanto, llegaba casi a dudar de la veracidad de la misma.

Sin embargo, aún le parecía tener en los oídos la extraña melodía y recordaba con precisión las palabras de aquella especie de santón. Hubiera podido repasar una por una las escenas de la extraña ceremonia y aún, si se lo proponía, hubiera sido capaz de dibujar las caras de los principales protagonistas.

Por todo ello, decidió no continuar aquella estéril discusión en espera de serenarse y llegar a alguna conclusión sobre lo que había visto.

— Está bien, señores. La cosa no afecta a nuestra tarea aquí. Por lo tanto, no es preciso que lleguemos a ninguna conclusión.

—Aparte de ello —intervino Richardson—, yo creo que debe usted cuidarse un poco, Burton. Está usted muy desmejorado y creo que a nuestro regreso debe tomarse unas vacaciones.

—No me encuentro mal, profesor, pero tal vez tenga usted razón. Hace muchos años que no he descansado ni unos pocos días.

—Entonces, decidido —dijo Richardson—. Ya lo arreglaremos cuando volvamos a los Estados Unidos. Ahora lo más urgente es que se acueste y procure reponer sus fuerzas.

En esto acertaba plenamente el profesor. Burton se encontraba extraordinariamente fatigado y anhelaba hundirse en su lecho, para dormir doce o catorce horas.

—De acuerdo, profesor. Si ustedes me perdonan —dijo levantándose—, voy a acostarme.

—Pero ¿No quiere antes cenar? —preguntó Kipper.

—Es tal el cansancio que tengo que perdono la comida con tal de encontrarme cuanto antes en la cama —sonrió Burton, mientras se dirigía con paso cansado hacia la puerta de salida.

## CAPÍTULO IV

TREINTA y cuatro días después de los últimos acontecimientos, Burton descansaba de su fatigosa tarea en una hermosa y solitaria villa de la que era propietario su gran amigo y conocido cazador Robert Hameson.

Los días de reposo le habían sentado admirablemente. El continuo ejercicio físico, el sol y el aíre, lo habían curtido, devolviendo a su figura el aspecto atlético que tuvo en otros tiempos.

En aquel momento, ya bastante entrada la noche, los dos amigos saboreaban una copa de coñac francés, prolongando la velada.

—No dejo de pensar —dijo Robert—, en el relato que me hiciste. Esta mañana he leído el artículo que mandaste a los periódicos y volvió de nuevo a obsesionarme la idea.

—Creí que no lo publicarían. Hace ya más de quince días que lo envié.

—El artículo está publicado hace seis, pero sabes que nos encontramos apartados de las grandes vías de comunicación. Siempre que paso una temporada aquí, me entero de lo que sucede en el mundo con una semana de retraso...

—Me gustaría echarle una ojeada al artículo.

Robert vaciló unos instantes. Luego tomó de nuevo la palabra.

—Mira, Burton, no quiero que te enojes.

—Pero bueno ¿qué es lo que sucede?

—Lo han publicado con algunos comentarios poco halagüeños.

—No entiendo qué quieres decir.

—Sí. Hacen referencia a la fantasía del conocido y joven científico... etc., etc.

Burton se encogió de hombros con resignación.

—Está visto que estoy condenado a que nadie me crea.

—Verás, Burton: El relato no tendría nada de fantástico si no fuera por algunos detalles. El templo budista que tú citas existe, y

no es raro que se haga una ceremonia en plena noche; pero todo aquello de la luz y del santón que apareció casi desnudo á una temperatura inferior a veinte grados bajo cero, choca un poco ¿no te parece?

—Ya lo sé, Robert. Pero te puedo asegurar que me encontraba en perfectas facultades.

—No. Si yo no lo dudo —atajó rápidamente Robert. Soy quizá el único hombre sobre la Tierra que te cree.

—Después de todo ¿qué tiene de particular, Robert?

Hay algunos detalles- extraordinariamente misteriosos; pero ten en cuenta que esos hombres poseen secretos que para el mundo occidental son totalmente desconocidos. Todos hemos oído hablar de las acciones de los faquires.

—Estoy convencido de ello, Burton. Lo malo del caso es que no se puede dar una explicación de la cuestión.

—Tal vez tiene una —sugirió Burton—Un caso de sugestión colectiva.

—Sugestión a la que tú mismo no escapaste.

—Así es, Robert. Sugestión a la que yo mismo no escapé. Aunque el caso resulte extraordinario, no es nada imposible.

-—Tal vez fuera así.

Ya declinaba la conversación y se disponían a' retirarse a sus habitaciones, cuando les sorprendió el ruido de un motor de automóvil que se detenía en la puerta de la mansión. Poco después el ama de llaves de Robert, acompañada de uno de los criados, solicitaba permiso para entrar.

—¿Qué sucede, Molly?

—Señor, hay una visita.

—¿Una visita dices?

—¿Qué esperas a alguien, Robert?

—Que me falle la puntería la primera vez que dispare sobre un rinoceronte enfurecido si sé quién demonios pueda ser tan loco como para llegar hasta aquí a estas horas. ¿No le ha dicho qué pretende?

—No, señor. Creo que se ha desviado de su camino.

—Bueno, que pase. No tendremos más remedio que ofrecerle nuestra ayuda o nuestra hospitalidad.

Salió la criada y poco después vino acompañada de la inesperada visita.

Burton y Robert se quedaron confusos y sorprendidos ante su aparición.

Se trataba de una hermosa joven de unos veinticinco o veintiséis años. Era de regular estatura y armoniosas proporciones. Tenía el pelo negro y los ojos oscuros, y su tez bronceada como también el paso elástico con que se introdujo en la habitación, denotaba a la legua la mujer habituada al deporte.

Durante unos segundos un pesado silencio descendió sobre la habitación. Fue la muchacha la primera en romperlo.

—Perdonen ustedes. he venido a molestarles y comprendo que se encuentren algo sorprendidos, pero es el caso que me he desorientado.

Robert reaccionó y poniéndose en pie se dirigió hacia la recién llegada.

—Dispensará usted, señorita, la recepción un tanto fría que le hemos hecho. No sé por qué demonios nos habíamos figurado que se, trataba de un caballero.

La joven sonrió deliciosamente, enseñando dos hileras de blanquísimos y bien tallados dientes.

—Lo comprendo. No es lógico que una mujer sola se aventure por estos apartados caminos y a estas horas de la noche.

—Tome usted asiento con nosotros, por favor. ¿Quiere usted tomar un vaso de whisky, una taza de té?

—Prefiero lo segundo —dijo la muchacha, mientras tomaba asiento—. Llevo muchas horas al volante sin haber podido tomar nada apenas.

El ama de llaves se dirigió presurosamente hacia la cocina, al objeto de disponer que le fuera servida una taza de té a la muchacha. Poco después un criado depositaba en el pequeño centro, alrededor del cual estaban sentados los tres personajes, una bandeja con el té requerido:

La muchacha se puso un terrón de azúcar y dos rodajas de limón. Luego dio un sorbo y los músculos de su cara se distendieron en un gesto de satisfacción.

—Es un verdadero placer. Durante la mayor parte de la tarde he anhelado una taza de té semejante.

—Ahora me va a permitir que me presente —dijo Robert.

—No, no hace falta —sonrió la muchacha—. Usted es Robert Hameson, el famoso cazador ¿no es cierto?

—¡Caramba! ¿Me conoce usted?

—No sea usted modesto. He visto su fotografía en los periódicos muchas veces. La última hace mes y medio, cuando regresó usted de su excursión, de caza por las selvas de la América Ecuatorial. Además, sabía, que esta era su casa.

—Eso ya es más sorprendente ¿no?

—Tampoco tiene nada de sorprendente —sonrió la muchacha—. Yo tengo un refugio en las montañas Azules, que dominan Marlowe City.

—Ya sé —dijo Robert—. Eso se encuentra a unas cincuenta millas al Oeste.

—Exacto —dijo la muchacha—. He venido de Los Ángeles para pasar unos días de reposo. Cuando dejé la carretera general me equivoqué de camino y, en vez de seguir el que llevaba a Marlowe City, emprendí el otro camino transitable que lleva hasta aquí. Su casa es conocida en toda esta región del país.

—Lo más lamentable —dijo Robert—, es que desde aquí a Marlowe City no hay ningún camino. Tendrá usted que regresar de nuevo a la bifurcación.

—Ese es el caso -—dijo la muchacha con tono desenvuelto. Ello es lo que ha motivado que yo me decidiera a importunarles.

—De ninguna manera, —dijo Robert—. Cuente usted de antemano con nuestra hospitalidad. Desde luego sería una locura que intentara usted regresar ahora, de noche, por un accidentado camino a través de un terreno infernal. Espero que aceptará nuestra hospitalidad y pasará aquí la noche.

—Ya que es usted tan amable —dijo la muchacha—, con mucho gusto acepto su proposición. De todas maneras, no les molestaré mucho. Mañana a primera hora volveré a emprender la marcha. Mi nombre es Lauren.

—Permítame que le presente a mi invitado y gran amigo el profesor Burton Lask.

La muchacha, que apenas si había reparado en Burton, levantó la cabeza con un signo de sorpresa.

— ¡El profesor Lask!

—Un incondicional servidor de usted —dijo Burton sonriendo, mientras estrechaba la mano de la muchacha.

—Usted es el hombre que ha lanzado esa teoría sobre los movimientos ondulatorios ¿no?

—Yo soy —dijo Burton sonriendo.

—-¿Y que ha escrito ese artículo sobre el Everest?

—Así es. ¿Lo ha leído usted?

—Sí. Yo y todo el mundo.

—Le habrá parecido fantástico…

—Más que fantástico… —la muchacha interrumpió la frase—. Nada, en realidad no era nada importante lo que iba a decir.

—Puede usted expresarse con toda tranquilidad —dijo Burton—. Le advierto que ya no me molesta que no crean en la veracidad de mi relato.

La muchacha pareció sumirse de pronto en profunda concentración, luego irguió la cabeza y miró a Burton con una sonrisa en los labios.

—Me alegro de que lo tome usted así. Siento no poder discutir con usted ahora el problema, pues me encuentro extraordinariamente fatigada.

La muchacha tomó el último sorbo de té y dejó la taza vacía sobre la bandeja.

—Si no tienen ustedes inconveniente, me gustaría poder descansar algunas horas.

—Mi casa está a su disposición, señorita —dijo Robert—. Pero permítame que le ofrezca antes algo de cenar.

—Muchas gracias, señor Hameson, pero estoy tan fatigada, que no tengo el menor apetito.

Aunque Robert insistió, no la pudo Convencer, y se decidió por llamar a Molly.

—Diga, señor.

—Molly, la señorita pasará la noche en casa. Encárguese usted de que disponga de todo cuanto necesite.

—Descuide el señor, que así lo haré.

Lauren se levantó y estrechó la mano a los dos hombres.

—Han sido ustedes muy amables conmigo. Les ruego una vez más que me dispensen.

—Honra usted nuestra casa —dijo galantemente Robert—. ¿A qué hora quiere desayunar?

—No se molesten. Probablemente madrugaré mucho y emprenderé el camino de regreso. Como no quiero abusar de la hospitalidad de ustedes, les ruego que no se levanten para despedirme.

—Como usted quiera —dijo Robert—. Proceda con entera libertad.

Luego se dieron las buenas noches y los dos amigos vieron como la gentil figura de la muchacha se alejaba hasta perderse en el recodo de la puerta.

—Hermosa muchacha ¿verdad, Robert?

—Veo que toda la ciencia que has metido en tu cabeza no ha conseguido atrofiarte el buen gusto. —sonrió el aludido—. ¿Y qué te parece, si nos fuéramos a dormir?

Los dos amigos convinieron que era lo más acertado y poco después se encaminaban hacia sus habitaciones.

* * *

Burton pasó un buen rato en la cama sin conciliar el sueño. Iba resultándole un poco molesto el encontrar a cada paso la incredulidad de todo el mundo ante el relato de su experiencia en el Valle del Himalaya. A el mismo le resultaba extraordinariamente fantástico todo lo que vio aquella noche; si lo había contado era porque consideraba una inmoralidad ocultar algo de lo cual tenía plena convicción.

El mismo Robert, aunque se había entusiasmado con el relato, no parecía estar muy convencido de su veracidad; incluso había algunos momentos en que Burton dudaba de que todo aquello fuera cierto.

Un pequeño reloj que tenía sobre la mesita de noche dio once campanadas. Durante unos instantes le pareció oír el apagado ruido de un silencioso motor de automóvil, pero no pudo llegar a precisarlo.

Habría pasado media hora más, y ya comenzaba a sumirse en el sopor que precede al sueño, cuando le pareció escuchar en la parte exterior de la casa un grito ahogado.

Alejó las brumas que iban invadiéndole y se incorporó en la cama. Nuevamente llegó hasta él el sonido angustioso de un grito. Preocupado por lo que pudiera ser, se levantó ele la cama y miró a través de la ventana.

Su habitación estaba en el ala derecha del edificio y dominaba perfectamente la puerta de entrada del mismo. Al principio no vio nada anormal; más de pronto notó algo que le llenó de sorpresa: Era la figura de la muchacha que había pedido hospitalidad unas horas antes. Aunque su paso al avanzar hacia la puerta de entrada era tranquilo y desenvuelto, no por ello dejó de sorprenderle la presencia de la muchacha a aquellas horas en el exterior de la casa.

La vio acercarse con paso decidido hacia la puerta y la perdió de vista en el mismo instante en que alargaba el brazo hacia el pulsador del timbre. Una de las columnas que sostenían el dosel de la puerta principal le impedía seguir viendo a la muchacha.

Permaneció inmóvil, esperando escuchar de un momento a otro el sonido del timbre, pero los segundos fueron pasando y no pudo oír ningún ruido. Ya iba a meterse en la cama, cuando cambió de parecer. Con gesto rápido se vistió y bajó las escaleras, dispuesta a hablar con aquella mujer.

Resultaba' sorprendente su salida al exterior en aquella hora de la noche y no menos sorprendente el hecho de que no llamara al timbre.

Cuando llegó a la puerta principal vio con asombro que la cadena de seguridad estaba echada.

—¿Cómo podría haber salido de allí?

Con gesto nervioso soltó el pasador de la cadena y abrió la puerta. El jardín estaba sumido en la oscuridad y una brumosa luna iluminaba tenuemente los alrededores. Avanzó unos pasos y miró en todas direcciones. Ya iba a volver a entrar en la casa, cuando un leve gemido le hizo poner su atención en la parte jardín que venía a dar debajo de su ventana. Con paso rápido se dirigió hacia allí. A pesar de la oscuridad de la noche pudo ver un bulto que se removía en el suelo. Por un instante pensó en la muchacha y su caso se convirtió en una carrera.

Cuando llegó al lugar donde estaba tendido aquel ser, se inclinó y le dio la vuelta. Se trataba de un hombre. Pero Burton no tuvo tiempo de constatar más detalles. Unos pasos precipitados a su espalda 1e advirtieron de que corría un peligro, e intentó incorporarse. Pero un fortísimo golpe en la nuca lo abatió contra el suelo, anulándole tedas sus energías. Luego oyó confusamente unas voces, y mientras unas agiles manos le ataban los brazos y piernas, otro misterioso atacante le ponía una cinta de esparadrapo en los labios, para evitar que pudiera gritar. Poco después se sintió levantado en vilo y llevado hacia el exterior del jardín.

Durante unos minutos fue transportado en silencio por sus aprehensores, hasta llegar a unos trescientos metros de la casa. Un camión cerrado esperaba a los recién llegados con el motor casi silencioso puesto en marcha. Un hombre saltó de la cabina y abrió la puerta posterior del camión. Burton fue introducido allí y poco después el camión proseguía su marcha, a través del quebrado paisaje, con las luces apagadas y a una velocidad que hubiera sido considerada imprudente para quien hubiera conducido de una manera normal por aquel accidentado terreno.

# CAPÍTULO V

BURTON hizo la mayor parte del camino en estado de seminconsciencia.

Cuando recobró el conocimiento, se encontró fuertemente atado en el suelo del camión. Una cinta de esparadrapo le cerraba la boca y la oscuridad más impenetrable reinaba en el recinto. Quiso hacer algún movimiento, pero un agudo dolor de cabeza le hizo desistir. El ruido del motor del camión, aunque muy suave, le vino a percatarse del lugar donde se encontraba.

Un río tumultuoso de pensamientos se adueñó de su mente. No conseguía comprender por qué había sucedido todo aquello.

Burton Lask era un hombre que no creía tener enemigos. Durante su época universitaria había brillado en el mundo deportivo, gozando de cierta popularidad, luego terminó la carrera y toda su actividad y casi toda su relación social se circunscribió al laboratorio donde había hecho importantes aportaciones respecto a la teoría ondulatoria de la luz. El éter, esa misteriosa substancia por todos nombrada y tan absolutamente desconocida, comenzaba a ser algo para Burton. Según él, la cosa tenía la siguiente explicación: las ondas sonoras necesitan un soporte para transmitirse, en la atmósfera. Las ondas luminosas necesitan asimismo un medio que les sirva de sostén para propagarse; todos los sabios, del mundo estaban desde antiguo de acuerdo en esto, pero mientras que los demás le daban a esta substancia el nombre de éter, sin especificar más, Burton creía qué el éter estaba constituido por ondas luminosas invisibles y por ondas sonoras que no podían oírse, esta apretada malla ondular sería el soporte que le permitiría propagarse a la luz visible.

Su teoría había encontrado muchos contradictores y muchos seguidores, pero indudablemente no le había proporcionado enemigos capaces de atentar contra su libertad y su vida, como acababa de suceder.

Por más que se devanaba los sesos no conseguía encontrar a quién pudiera achacarle la responsabilidad de aquellos actos.

Sin querer vino a su memoria la imagen de la muchacha y no tuvo más remedio, que relacionarla con el extraño suceso.

Era difícil considerar que un ser de tan deliciosa apariencia pudiera estar en combinación con sus brutales agresores, pero no había más remedio que tomar la idea en consideración.

Si él no hubiera escuchado el leve grito de la muchacha, si no la hubiera visto de pie cerca de la puerta de entrada para desaparecer rápidamente, no se hubiera aventurado a salir de su habitación y no habría caído en manos de sus enemigos, que indudablemente se sirvieron de la muchacha para conseguir sus fines.

Aunque las cosas parecían estar claras, no por ello dejaba de ser un verdadero rompecabezas el poder explicar los motivos de las mismas.

Unas confusas voces procedentes de la cabina del camión apartaron su mente de tan nefastas ideas para concentrarse en su propia situación. El vehículo había aminorado su marcha y un confuso rumor de voces del exterior llegaba a sus oídos. Por fin se detuvo el camión y unos segundos después dos hombres lo sacaban al exterior para conducirlo a un pequeño edificio que se elevaba sobre un montículo de unos treinta metros de altura.

La luna iluminaba pálidamente los alrededores. Burton procuró observar cuanto le rodeaba. Al parecer, se encontraba en un pequeño pueblo, tal vez un campamento minero formado por alargados barracones e iluminado débilmente por algunas bombillas de suave luz azulada. Los dos hombres, obedecieron las órdenes de un tercero, introdujeron a Burton en el interior de la pequeña casa y lo depositaron en un incómodo camastro. Luego, tras echar una mirada al prisionero, abandonaron la habitación cerrando cuidadosamente la puerta.

Burton permaneció tendido durante más de una hora sin que nada alterase el silencio que lo rodeaba, excepto el sordo rumor de voces que se oía en el exterior.

Ya comenzaba a dormirse cuando se abrió la puerta recortando en el rectángulo de luz que enmarcaba la misma, la figura de un hombre.

—Desatad al prisionero.

Dos hombres más se introdujeron con pasos silenciosos y, en pocos segundos, dejaron a Burton libre de sus ligaduras.

Burton se puso de pie con gesto amenazador.

—Le ruego que no se excite, profesor.

—Exijo que se me dé inmediatamente una explicación de todo esto.

—Si me escucha con calma se la daré.

Burton contuvo su ímpetu y esperó.

—Creo que no se sorprenderá usted si le digo que es nuestro prisionero.

—Y espero que tan poco se sorprenderá usted si le aseguro que denunciaré el caso a las autoridades.

El hombre sonrió con displicencia.

—Comprendo que esté usted un poco enfadado, pero estoy seguro que sabrá hacerse cargo de la situación.

—Me niego a continuar hablando con usted mientras subsista esta situación de violencia.

Al decir esto, Burton avanzó unos pasos en dirección hacia la puerta, pero los dos hombres que le habían desatado sacaron con rapidez las manos de los bolsillos empuñando sendas pistolas.

Burton se detuvo ante la amenaza, luego fue retrocediendo hasta llegar a la ventana, que se encontraba abierta de par en par, A la débil luz del exterior pudo observar el movimiento de algunos seres.

—Les advierto que sus disparos serían oídos. ¿Me dejan libre el paso o pido socorro?

Una sonrisa del hombre que había ordenado que lo desataran, fue la única respuesta a la amenaza de Burton. Este se volvió con gesto rápido y gritó con todas sus fuerzas:

— ¡Eh! ¡A mí! ¡Socorro! ¡Socorro!

Sus gritos fueron recibidos con absoluta indiferencia. Burton gritó con todas las fuerzas de los pulmones pero nadie le prestó la menor ayuda. Se fijó en la gente que pululaba por los alrededores de la casa, y si grande era su asombro ante la indiferencia que contestó a su demanda de auxilio, más grande fue todavía el precisar con detalle lo que estaba viendo:

A los pies del montículo y ocupando una explanada de más de cuatro mil metros cuadrados, se extendía un campamento militar. Los achatados edificios que había tomado por barracones de mineros, no eran otra cosa que, sólidos cuarteles construidos con cemento, donde se albergaba la tropa. Cada una de estas edificaciones, tenía una guardia armada a la puerta. En la gran plaza central se movían soldados y oficiales, mientras que algunos automóviles, de antiguo modelo, iban y venían entrando o saliendo del campamento.

Burton oía sin esfuerzo el rumor de las voces el ruido de los motores.

—Basta ya —dijo una voz a sus espaldas.

Burton se volvió frente a sus enemigos. Los dos sicarios que lo

amenazaban con sus pistolas atravesaron la habitación y cerraron herméticamente los batientes de la ventana

—Es inútil que insista, profesor. Como ha podido observar de nada ha de servirle pedir auxilio. Más vale que sea usted razonable y discuta conmigo la situación.

Burton depuso su actitud y se sentó lentamente sobre el camastro. El hombre arrastró una silla y se sentó frente a él.

Burton pudo estudiarlo con detenimiento. Se trataba de un hombre de unos sesenta y cinco años, pero bien conservado; era de sólida complexión, de pelo rubio, cruzado por canas y ojos azules y penetrantes. Su mandíbula era cuadrada y la finura de los labios indicaba al hombre cruel. Aunque hablaba el inglés, su acento no era americano. Más bien se diría, había aprendido el idioma en alguna universidad de Inglaterra.

—Le explicaré brevemente la situación —dijo con fría voz—. Es usted nuestro prisionero y no tiene ninguna posibilidad de escapar. Queremos que trabaje para nosotros. Sus conocimientos sobre la teoría ondulatoria pueden sernos útiles. La alternativa, en caso de negarse es la muerte.

—No sé quiénes son ustedes ni por qué pretenden eso de mí, pero puedo asegurarles que no trabajaré con nadie a la fuerza.

El hombre miró largamente a Burton y su gesto intentó dulcificarse.

—No importa quiénes seamos, ni el porqué deseamos su colaboración. Usted es un científico, toda su vida está entregada a la investigación; nosotros podemos ofrecerle medios que jamás ha podido soñar, ¿qué puede importar lo demás?

—Hay muchas cosas que todavía importan para mí. Afortunadamente no padezco esa soberbia de algunos científicos capaces de renunciar a todos los principios morales con tal de llevar a la práctica sus teorías. La forma de proceder de ustedes me demuestra que son hombres sin escrúpulos y me hace ver el uso que ustedes harían de mis conocimientos.

El hombre apretó las mandíbulas en un gesto de rabia.

—Le diré que más que la utilidad de sus conocimientos, deseamos que sean inutilizados. Le hemos dado una oportunidad para vivir; su negativa supone la muerte.

— ¡Váyase usted al cuerno! —rugió Burton.

El hombre se puso de pie, dando por terminada la reunión. Sus ojos fulguraban rabiosamente.

—Usted lo ha querido, profesor Lask.

Dichas estas palabras dio la espalda a Burton para dirigirse a los

dos hombres armados. Este fue el momento que aprovechó Burton para lanzarse en un formidable salto sobre la espalda de su enemigo. El hombre rodó por el suelo mientras los dos guardianes se lanzaban sobre el osado agresor. Una lucha furiosa se entabló entre los tres. Burton veía la puerta a pocos pasos de distancia y tras ella la salvación. Un poderoso impacto en la mandíbula de uno de sus contrincantes lo derribó al suelo sin conocimiento, luego, merced a su hábil presa, consiguió derribar a su otro adversario y se dirigió rápidamente hacia la puerta; ya estaba s punto de salir de la habitación cuando alguien le cogió por las piernas, derribándole. Era el hombre con el cual había conversado y que, ya repuesto del empujón que le había dado Burton, volvía a la carga.

Los dos hombres rodaron por el suelo en un estrecho y desesperado abrazo. Burton se dio cuenta de que se las había con un fuerte contrincante, a pesar de lo cual consiguió colocarse encima y se dispuso a asestarle un golpe que lo dejara fuera de combate. En aquel momento, uno de los hombres que había derribado se levantó y, esgrimiendo su pistola a manera de maza, descargó un fuerte golpe en la cabeza de Burton; éste sintió que le abandonaban las fuerzas y fue aflojando su presa hasta caer al suelo, casi sin conocimiento.

Su enemigo se levantó con una ligereza impropia de su edad y dio una orden a sus ayudantes:

— ¡Pronto, atadlo y amordazadlo!

Los dos hombres no se hicieron repetir la orden. En un momento ataron al prisionero con las mismas ligaduras que les habían servido anteriormente y una nueva cinta de esparadrapo le selló los labios; poco después lo depositaban en el estrecho camastro.

Aunque Burton se encontraba sin fuerzas, a consecuencia del golpe recibido, no había perdido el conocimiento, de forma que. aún pudo escuchar la breve conversación sostenida entre sus aprehensores.

—No creo que consigamos hacerle cambiar de parecer.

—Le advierto que son las seis menos veinte minutos.

— ¿A qué hora han de venir?

—A las seis y media, aproximadamente.

—Está bien. Creo que lo mejor será deshacernos de él. No podemos demorarnos más tiempo. Tú, Hankel, ¿lo tienes todo dispuesto?

—Sí, está todo dispuesto. Sólo hay que poner en marcha el aparato de relojería.

—¿Será suficiente la carga?

—No quedará ni una piedra en su sitio.

—Entonces, vámonos. Es preciso que la explosión nos pille lejos de aquí.

Los tres hombres abandonaron la habitación sin tomarse la molestia de cerrar la puerta, convencidos de que no podría desatarse el prisionero.

Burton tardó algunos minutos en recuperarse. Cuando lo consiguió intentó forzar sus ligaduras pero se dio cuenta de que era en vano.

Forzado a una inmovilidad casi absoluta intentó pensar en los acontecimientos y un mar de confusiones lo sumió en un impenetrable enigma.

De las palabras de aquellos hombres deducía que en algún lugar de la casa había una poderosa carga explosiva accionada por un aparato de relojería. Era evidente que querían deshacerse de él, ¿pero cómo era posible esto? Se encontraba en medio de un incomprensible campamento militar que evidentemente formaba parte de la organización de aquellos desalmados. ¿Cómo era posible que provocasen una gran explosión en semejantes circunstancias? Aun en aquellos momentos llegaba a sus oídos el confuso rumor de voces y el ruido de los automóviles en constante ajetreo. Por otra parte, ¿quién debía llegar a las seis y media? ¿Por qué tenían tanta prisa sus enemigos en ausentarse?

El tiempo fue pasando y Burton no consiguió encontrar ninguna explicación a los muchos interrogantes que se planteaba.

Cuando hubieron pasado totalmente los efectos del golpe recibido en la cabeza, una idea se fue apoderando de su mente: quizá de un momento a otro iba a saltar hecho pedazos a consecuencia de la explosión.

Con gran esfuerzo consiguió llegar al borde del camastro y dejarse caer al suelo. La puerta de salida de la habitación estaba a unos cinco metros de distancia. Burton se arrastró desesperadamente.

Con los brazos y piernas atados a la espalda apenas si conseguía avanzar centímetro a centímetro. El sudor le poblaba la frente, cayendo en gruesas gotas sobre sus ojos y produciéndole un terrible escozor.

Cuando llegó a la puerta, serían ya más de las seis de la mañana; la luz del pasillo se mezclaba con la tenue claridad del amanecer, que penetraba por la puerta abierta que tenía a unos diez metros de distancia.

Burton siguió arrastrándose con sobrehumano esfuerzo mientras su corazón se hundía en un profundo desaliento.

—No podré escapar, no podré escapar —murmuraba con los dientes apretados mientras sentía que sus fuerzas iban desfalleciendo.

Las voces y los ruidos de los coches habían cesado hacía algunos minutos, y el impresionante silencio sólo era roto por el creciente jadear de Burton.

De pronto, un lejano rumor le hizo prestar atención: era el ruido de un motor de automóvil, que fue creciendo por momentos hasta que el chirriar de los frenos le convenció de que se había detenido a pocos metros de la casa. Oyó el ruido de las portezuelas y unos pasos precipitados que precedieron a la aparición de dos seres.

— ¡Está aquí, está aquí! —gritó una voz femenina.

— ¡Por los cuernos de Lucifer! —gritó el hombre. En dos zancadas se puso al lado de la exhausta figura de Burton.

—¡Burton, amigo mío!

Los que tan providencialmente habían llegado, no eran otros que Robert y la muchacha que había llegado accidentalmente a la casa de éste.

— ¡Burton, di algo, por Dios!

—Está amordazado —intervino la muchacha.

Robert, con la mano febril, arrancó la cinta que sellaba los labios de Burton.

—¿Qué ha sucedido?

—No perdamos tiempo. Vámonos de aquí.

—Ahora mismo voy a desatarte.

—No, Robert, no. No podemos perder ni un segundo. Sácame de aquí en seguida.

Robert quedó un momento en suspenso, luego, acuciado por la voz de su amigo, se inclinó y, asiéndole fuertemente, lo levantó con sus poderosos brazos.

—Vamos rápidamente al coche —ordenó Burton.

En cuatro zancadas llegaron hasta el coche detenido a pocos metros de la puerta de entrada. La muchacha abrió la portezuela de atrás y Robert depositó en el interior a su amigo, después hizo entrar a la muchacha y él se sentó al volante.

— ¡Acelera, Robert!

Este no se hizo repetir la orden; puso el coche en marcha y metió a fondo el acelerador. El automóvil dio un poderoso tirón y salió disparado a gran velocidad. Robert dio una vuelta al volante y el coche giró en un ángulo de trescientos grados, para enfilar, a gran velocidad, el camino por el que había venido.

En pocos segundos pusieron una distancia por medio de más de seiscientos metros. En aquel instante se oyó una gran explosión. La onda expansiva alcanzó a los fugitivos y Robert tuvo que hacer verdaderas filigranas para que el coche no se le fuera de las manos. Por último consiguió dominarlo y frenó.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Lo más grave ya ha pasado —dijo Burton—. Desátame.

Robert intentó deshacer los fuertes nudos de las ligaduras.

—Córtalas, Robert. Tenemos que darnos prisa, Quizá salgan del campamento en nuestra persecución.

—¿Qué campamento dices?

—El campamento —afirmó Burton—. No es un poblado minero como yo creía; está lleno de soldados.

— ¡Qué me regalen un buitre metido en una jaula de pájaros si sé de qué me estás hablando! —masculló Robert mientras cortaba las ligaduras de su amigo.

Burton distendió sus músculos y saltó al exterior. La cabeza le dolía atrozmente.

— ¡Está usted herido! —dijo la muchacha con voz sobresaltada.

—No tiene importancia.

—Permítame que me cerciore de ello.

Burton miró a aquella mujer sin saber qué partido tomar. La envolvía un enigma y se vería precisado a que confesase su participación en el rapto. De todos modos, no era aquel el momento para pedirle la explicación.

—He sufrido un golpe en la cabeza, pero la herida es superficial —dijo con tono agrio que cohibió a la hermosa muchacha.

A unos centenares de metros detrás de ellos, una poderosa columna de polvo y humo se elevaba hacia el cielo, cubriendo con sus volutas una extensa zona del lugar que acababan de abandonar. Burton miraba el espectáculo, a la pálida luz del amanecer, mientras aguzaba el oído.

—No pares el motor, Robert. Tal vez los tengamos sobre nosotros ahora mismo.

—¿A quién te refieres, Burton?

—Los soldados del campamento.

—¿Puedo saber de una vez de qué campamento hablas?

Burton miró con asombro a su amigo.

— ¡Del que acabamos de dejar! ¿Qué otro campamento iba a ser?

Robert miró a su amigo de hito en hito y expresó su asombro rascándose la cabeza.

—¡Que me atrape una familia de gorilas furiosos si te entiendo!

—Tal vez no te has dado cuenta, pero la casa de la que me habéis liberado estaba en un campamento militar.

—Tú has soñado, Burton. Ese lugar está tan lejos de tener un campamento militar, como yo de dedicarme a la caza de mariposas.

—Yo tampoco he visto nada —intervino la muchacha.

Burton decidió no continuar aquella inútil discusión.

—Ya lo verás cuando se disipe el polvo y el humo.

Robert hizo un signo de resignación y esperó.

El tiempo fue pasando y la nube de humo, y polvo se fue disipando hasta perfilar claramente la zona donde se había producido la explosión.

—¿Quieres decirme dónde está el campamento? -—preguntó Robert con acento Burton.

Burton no contestó. Con ojos asombrados miraba en aquella dirección y no conseguía explicarse lo sucedido.

—Yo no veo tampoco nada —dijo la muchacha.

—Vamos allá —ordenó secamente Burton.

Los tres seres montaron en el automóvil y poco después se encontraron en el lugar donde se había producido la explosión.

Burton podía ver claramente el lugar donde se encontraba emplazada la casa ocupada ahora por un profundo hoyo. Los alrededores estaban sembrados por los escombros del edificio, algunos de los cuales habían sido lanzados a gran distancia, pero por más que se esforzaba no conseguía hallar ni el más ligero vestigio del campamento militar.

—Te aseguro que yo he visto aquí un campamento militar.

—-Quizá lo hayan desmontado antes de llegar nosotros —dijo Robert sin convicción.

—No es posible. Los cuarteles eran de cemento.

Robert miró a su amigo con gesto de profunda seriedad; luego le dirigió la palabra cariñosamente:

—Burton, amigo mío, debes reaccionar; tú no has podido ver ese campamento.

—No consigo explicármelo, pero te aseguro que lo he visto tan claramente como te estoy viendo a ti; he escuchado el ruido de las voces, he visto ir y venir los automóviles...

—Está bien, Burton. Creo que debemos hablar de eso más adelante. Ahora creo que es preciso que regresemos a casa.

Robert hizo girar el coche y emprendieron el camino de regreso. La muchacha miraba con ojos compasivos a Burton mientras que Robert miraba fijamente hacia adelante, sin atreverse a cruzar la mirada con la de su amigo.

# CAPÍTULO VI

BURTON se levantó del sofá en el que había estado tumbado durante más de una hora y miró con ojos expectantes a aquel hombre. El doctor parecía estar concentrado y un pesado silencio reinaba en el interior de la habitación. Había sido deseo de éste que Robert y Lauren estuvieran presentes mientras se le hacía el psicoanálisis. Hubiera podido negarse a ello, pero quería dar una prueba a sus amigos de que se encontraba en perfectas facultades mentales.

Robert había insinuado la cuestión, aunque luego había puesto dificultades a que la cosa se llevara a efecto. Fue Burton el que insistió.

Uno de los mejores especialistas en Psiquiatría, venido de Chicago, había estado durante una larga hora haciéndole preguntas y sometiéndole a algunas pruebas de reflejos.

—Bien, doctor ¿cuál es el diagnóstico?

—Profesor Lask, no es un diagnóstico fácil de hacer; la mayor parte de las pruebas han sido totalmente favorables a usted. Están acordes con la fama que usted tiene de poseer uno de los cerebros más privilegiados de nuestro país. Su constitución mental parece extraordinariamente sólida y su aspecto físico es inmejorable. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué? —preguntó Burton.

El doctor se detuvo unos instantes y cerró los ojos para concentrarse mejor.

—Verá usted, profesor: Si tuviera que hacer un diagnóstico por las pruebas que le he hecho, diría que se encuentra en estado perfectamente normal. Sin embargo, los antecedentes que tengo me impiden de todo punto hacer un diagnóstico totalmente favorable.

—Quiere explicarse, doctor.

—Las visiones que usted ha tenido no concuerdan con la realidad, ni en el caso que usted ha narrado cuando estuvo en la Cordillera del Himalaya ni en este otro caso del fantástico

campamento militar, del cual no queda el menor vestigio.

—Pero yo lo he visto con mis propios ojos.

—Estoy de acuerdo; pero ha de reconocer usted que no es razonable su afirmación: En primer lugar no hay ni el menor vestigio de sus famosos cuarteles de cemento; ni huellas de las ruedas de los automóviles que usted vio; en fin, nada que pueda confirmar su visión. En segundo lugar le diré que las Fuerzas de los Estados Unidos, según informes recibidos antes de venir aquí, jamás han tenido ahí un campamento, ni estable, ni pasajero, y, por último, convendrá conmigo, profesor, que nuestros soldados no se dedican a raptar ni a consentir el rapto de un ciudadano honorable.

—Yo no he dicho que fueran nuestros soldados. Sus uniformes no eran los del ejército americano.

—Peor me lo pone usted, profesor. Es un hecho fantástico el considerar que cualquier otro ejército pueda disponer de un campamento en nuestro territorio.

—Yo comprendo todas esas razones, doctor. Para mí mismo resulta un profundo misterio. Pero puedo asegurarle que, tanto en el caso del Himalaya como en este último, mis facultades estaban perfectamente equilibradas.

—Quizá se trate de un fenómeno de los cuales se dan muy raras veces. Usted sabe, profesor Lask, que muchas veces se forma un complejo en nosotros que tiende a manifestarse en el sueño. La conciencia impide que las ideas que dominan nuestro subconsciente salgan a la superficie en toda su realidad y así, a través del sueño.

Formando un conglomerado fantástico de imágenes y acontecimientos. ¿No le ha ocurrido a usted nunca estar soñando una pesadilla y lamentarse interiormente al considerar que «esa vez» no está soñando y que es todo una realidad amarga?

—Sí. Es cierto. Pero yo no dormía. Además, los golpes recibidos dan buena fe de que no ha sido un sueño.

—Esa es la cuestión, profesor. Alguien, no se sabe por qué, lo raptó a usted y lo llevó a un lejano refugio de la guardia forestal. Ese refugio se encuentra en la más absoluta soledad. En casos excepcionales, como le decía antes, las imágenes del sueño surgen al exterior, aún cuando nos hallemos despiertos. Entonces sufrimos una alucinación que nos parece tan real y verdadera que la ponemos fuera de toda duda. Es quizá esto lo que le ha sucedido; otra explicación no puedo darle.

Burton se levantó del sofá y dio unos pasos por la habitación ante la curiosa mirada de Lauren y la preocupada de su amigo.

—Está bien, doctor. Quizá tenga usted razón. No se cómo puede haberse formado ese complejo que usted dice. El hecho es que yo

me encuentro perfectamente y no sé de qué manera luchar contra el asunto.

—Creo que no debe preocuparse usted demasiado, lo mejor será que se tome una larga temporada de reposo y que acuda a mi consulta una vez por semana.

—Procuraré hacerlo.

—Sería muy interesante que los sueños que usted pueda tener los pasara por escrito a la mañana siguiente, al objeto de que yo hiciera un estudio de los mismos.

Dichas estas palabras el doctor fue recogiendo los elementos del equipo que le habían servido para la exploración mental y física de Burton y se dispuso a marcharse.

—¿No se queda a comer con nosotros? —preguntó Robert solícito.

—Lo siento. Agradezco mucho la invitación, pero me es imposible alejarme por mucho tiempo de mi clínica. Comeré en el camino y así podré estar a la noche en mi casa, esto si llego a tiempo de enlazar con el avión.

Poco después el doctor se despedía amablemente de todos.

Lauren y Robert miraron a Burton sin saber qué decir. La muchacha había intentado marcharse hacia su refugio de las montañas, pero había continuado en la casa a petición de Burton, que quería aclarar su extraña salida al jardín la primera noche de su llegada.

—En fin —dijo Burton mirando a sus amigos—, habréis llegado a la convicción de que estoy mal de la cabeza.

—No lo tomes así, Burton. Has trabajado mucho y tienes destrozados los nervios. Eso es todo. Recuerdo una vez en el África Central que me encontré perdido. Durante días y días caminé sin saber a dónde me dirigía y la soledad y las privaciones acabaron sacándome de quicio de tal forma que hablaba sólo por la noche y me parecía escuchar el bullicio de las calles de Nueva York.

—No sigas, Robert. No quiero negar totalmente que tenga algo de razón el doctor. Pero te aseguro que me encuentro en perfectas condiciones. Su diagnóstico ha sido un diagnóstico forzado; no ha encontrado ninguna anormalidad en mí y ha juzgado con prejuicios. Si no hubiera escuchado mis dos relatos no se habría atrevido a decir que estoy enfermo.

—Pero reconocerás que es un gran médico.

—Sí, Robert. Pero la Psiquiatría tiene ese inconveniente. El médico psiquiatra, aunque no quiera, juzga según su propia naturaleza mental, de tal modo que un médico excesivamente

materialista no comprenderá ciertos fenómenos espirituales y los calificará de estados de demencia, mientras que un médico finamente cultivado en el espíritu será incapaz de comprender la razonabilidad de ciertas actitudes materialistas.

—En ese aspecto tiene usted razón, profesor Lask —intervino la muchacha—. Sea cualquier cosa la que le suceda, resulta evidente que ha de tener usted mucho cuidado. Su rapto indica claramente que tiene enemigos muy capaces de hacerle un serio daño.

—Eso es verdad, Burton. He llamado a la Policía y espero que dentro de poco estén aquí. El Departamento General de Policía me dijo que, por tratarse de ti, que eres un sabio atómico, llevará la investigación el F. B. I.

—Ahora es cuando creo que me voy a volver loco. Hubiera preterido que no se hubiera sabido nada.

—Comprenderás que mi obligación…

—Sí. No podías hacer otra cosa.

Luego dio un giro a la conversación.

—Y bien ¿qué os parece si vamos a bañarnos a la piscina. Supongo que para un lunático no irá mal un buen baño de impresión.

Robert y Lauren soltaron la carcajada ante la salida de su amigo.

—Me parece muy razonable tu idea, Burton. Creo que nos sentará bien a los tres. Después de todo ya sabes lo que dice el refrán: De poetas y locos todos tenemos un poco.

Rota la tensión del momento, los tres amigos fueron a vestirse para tomar un baño en la espléndida piscina situada en la parte posterior de la casa.

# CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente hubo una despedida general en el hall de la residencia de Robert. Lauren había decidido continuar su viaje y Burton pensaba, asimismo, ausentarse durante unos días.

—Siento que nos abandone usted, señorita —dijo Robert—. Le hemos hecho pasar un mal rato y me hubiera gustado que disfrutara usted de unos días de paz en nuestro refugio.

—Yo se lo agradezco, señor Hameson, pero una íntima amiga mía vendrá mañana a mi refugio y se sorprendería si no me encontrara.

Mientras hablaba, la muchacha miraba con el rabillo del ojo a Burton y su gesto preocupado la llenaba de una indefinible angustia. Le hubiera gustado saber cuál era el rumbo que iba a seguir aquel hombre; saber en qué quedaba su estado de alucinación; en una palabra, saber de él, porque, aunque no se atrevía a confesárselo, aquel hombre le iba interesando cada vez más.

—Bueno, señor Lask, también a usted tengo que decirle que espero que nos veremos alguna vez.

—Estaré encantado de que así suceda —dijo Burton automáticamente, cuyo pensamiento estaba muy lejos de allí en aquellos momentos.

—Por cierto, antes de irme quiero decirle una cosa, señor Lask. Hay algo en el relato suyo sobre la aventura corrida al pie del Everest que de una manera indefinible me ha llamado la atención.

—¿Puedo saber qué es ello?

—No puedo precisarlo todavía. Sé que es algo que pugna por salir a la luz de mi entendimiento, pero no sé exactamente de qué se trata.

—Cuánto lo siento —dijo Burton con tono indiferente.

—¿Me permitirá usted que le escriba si doy con ello? —dijo la muchacha.

—Se lo ruego —contestó Burton.

Poco después Lauren subía en su automóvil y con un último gesto de la mano se despedía de los dos amigos, mientras emprendía el camino de su refugio en las montañas.

—Bien, Burton, te marchas y me dejas entristecido.

—No lo tomes así, Robert. La cosa no tiene ninguna importancia.

—Si no te encontraras en tales circunstancias no la tendría, pero ten en cuenta que alguien está interesado en hacerte daño.

—Sabré guardarme.

—¿Y por qué no me dejas acompañarte? Ya sabes que no tengo nada que hacer.

—No puede ser, Robert. Esta vez no. Tengo que resolver un asunto y prefiero hacerlo solo.

—¿Y qué les digo a los agentes del F.B.I.?

—Diles lo que quieras. Que me siento Napoleón y voy a llevar mis ejércitos a la batalla —sonrió Burton.

Robert recibió la broma de su amigo sin sonreír. Luego los dos hombres caminaron en silencio hasta el coche de Burton, y éste se dispuso a emprender la marcha.

La mirada de su amigo le conmovió de tal modo, que decidió dirigirle unas palabras.

—Mira, Robert, sé que te preocupas por mí. Quiero que alejes de tu pensamiento las malas ideas. Sólo puedo decirte una cosa: Tengo una teoría sobre todo lo que me ha sucedido, al menos sobre la parte que más me interesa, o sea sobre mis alucinaciones. Precisamente ahora voy a consultar con un viejo amigo mío en el que quiero encontrar una confirmación de mi teoría. No me encuentro en condiciones de exponer dicha teoría a la publicidad, porque ya sabes que corre el rumor de que me encuentro un poco chiflado. Si llego a alguna conclusión te lo comunicaré.

Robert dio un suspiro de alivio.

—Aunque me llenas de curiosidad, me tranquilizas algo. Sólo te pido que me des noticias tuyas cuanto antes.

—Así lo haré, Robert.

Burton apretó el acelerador y el coche salió disparado a buena velocidad. Durante algunas horas del día rodó sin cesar por la carretera y luego alcanzó el aeródromo más próximo. Un helicóptero, contratado por teléfono desde la casa de Robert, lo esperaba.

En pocos minutos se encontró en el aire. El piloto era un hombre de unos cuarenta años, que sin despegar los labios hizo la maniobra requerida.

—¿Usted cree que podremos aterrizar cerca del monte Palomar?

El hombre se volvió.

—Sí, profesor. Con este aparato soy capaz de aterrizar en la punta de una bayoneta.

—Pues ese es nuestro destino.

—De acuerdo —dijo el hombre.

Durante un buen tiempo estuvieron volando, sin que volviera a cambiarse palabra alguna entre los dos seres. Ya atardecía cuando el piloto comunicó a Burton:

—Tenemos a la vista el monte Palomar.

Burton miró hacia abajo y pudo ver entre las escarpadas rocas la sólida construcción del mayor observatorio del mundo.

—¿Dónde cree que podremos aterrizar?

El piloto dudó unos segundos.

—Creo que debemos hacerlo en la misma carretera que conduce al observatorio. El terreno es muy quebrado y nos llevaría bastante tiempo encontrar un sitio apropiado.

—Por mí no hay inconveniente que sea en la misma carretera.

El helicóptero, como un grande y extraño insecto, fue evolucionando por los alrededores de la carretera, hasta que el piloto inició el aterrizaje. Sabiamente fue descendiendo, según la vertical, y se posó en el suelo de la carretera, creada exclusivamente para comunicar el observatorio con el resto del país.

—Ya hemos llegado —dijo el piloto—. ¿Debo esperarle?

—No. No me espere. Quizá pase dos o tres días aquí. Vaya usted al aeródromo más próximo y si lo necesito lo llamaré por teléfono.

Burton saltó del aparato y con paso decidido se dirigió hacia la puerta de acceso al observatorio. Lo recibió un hombre de unos cincuenta años, perteneciente al personal subalterno del mismo.

—¿Qué desea, señor?

—Quisiera ver al profesor Malone.

—¿Lo ha citado a usted?

—No.

—Dudo que pueda recibirle. Está muy atareado.

—De todas formas, pásele mi tarjeta.

El ujier tomó la pequeña cartulina que le tendía Burton y se introdujo hacia el interior. Poco después anunciaba a Burton que el profesor Malone estaba esperándole. Con un gesto le invitó a seguirle y, después de atravesar varias dependencias, lo introdujo en un pequeño despacho. Un hombre de más de sesenta años de edad, enjuto, con el pelo blanco un poco revuelto y una vivísima luz

en sus ojos penetrantes, lo recibió con una sonrisa.

—¡Querido Burton!

—Cuánto me alegro de verle, profesor Malone —dijo Burton estrechando la mano del anciano.

—Siéntate.

El ujier abandonó la habitación y los dos hombres se encontraron frente a frente.

—Esperaba tu visita hace algún tiempo.

—No quería hacerlo hasta ver algo claro en el asunto. Ya sabe a lo que vengo ¿verdad?

—Sí Por el asunto ese de las alucinaciones ¿no es cierto?

—Así es.

—Mira, Burton. Te he de decir una cosa. La prensa ha dicho muchas tonterías a raíz del relato que hiciste sobre tu aventura en el Everest, pero no debes desanimarte: La prensa está acostumbrada a decir esas tonterías.

—El caso es que yo mismo estoy desconcertado. No ha sido solamente aquello. Hay algo más.

Burton hizo un detallado relato de su aventura en el extraño campamento militar. Cuando terminó, el profesor Malone no hizo ningún comentario y parecía estar concentrado en alguna lejana idea.

—Comprendo, que todo esto es fantástico, —dijo Burton—. Ni yo mismo lo entiendo. Sin embargo, estoy seguro de no haber sufrido ninguna alucinación.

Malone miró profundamente a los ojos de Burton.

—Yo te conozco desde que eras niño, Burton. Sé que has sido siempre un muchacho de ideas sanas y mente sólida; luego te tuve de alumno y has sido el alumno más brillante que he tenido. No te creo lo bastante impresionado como para sufrir esas alucinaciones.

Al oír estas palabras, Burton dio un suspiro de satisfacción.

—En ocasiones los hombres de ciencia tenemos que enfrentarnos con las situaciones más extraordinarias. Las teorías en apariencia más absurdas, a veces se convierten en realidad y la audacia es imprescindible para la investigación. Cuando yo lancé al mundo la noticia de la existencia de seres vivos en Venus y Marte me tomaron por loco; luego mi teoría ha sido totalmente demostrada. Así, pues, no me extraña que no quieran creer ni una palabra de lo que tú dices. Pero yo sí que te creo: Estoy seguro de que las cosas han sucedido tal y como me las has contado.

—Gracias, profesor, pero lo más importante del caso no es eso. Es preciso sustentarlo sobre una base, aunque sólo sea teórica.

—¿Tienes alguna teoría sobre el asunto?

—De eso quería hablarle, profesor. He hecho algunos cálculos y pienso que si el radio del Universo fuera algo corto de lo que tenemos calculado, el fenómeno podría tener una explicación. Como usted sabe, todas las formas y colores son «visibles» gracias a la luz. Las ondas luminosas al chocar con los cuerpos les dan su perfil y sus características externas, de la misma manera que llegan a nuestros ojos, para hacernos ver la multiplicidad de las cosas, siguen luego su camino rectilíneo hacia el límite del Universo. ¿No sería posible que estas ondas hubieran llegado ya a los polos del Universo y el chocar con el muro de la cuarta dimensión hubieran sido reflejadas y vueltas otra vez a las proximidades de la Tierra?

El profesor quedó unos segundos en silencio. Luego tomó la palabra:

—-Eso no es imposible, Burton. Pero la teoría tiene algunos inconvenientes. En primer lugar, no creo que el radio del Universo calculado por nosotros sea erróneo, y en segundo lugar la reflexión de esas ondas no se haría jamás siguiendo una trayectoria rectilínea de ida y vuelta. Por último, aunque esas ondas volvieran, digamos a su lugar de origen, el ojo humano ya no las percibiría, pues su frecuencia se habría modificado. Eso solamente sería posible si el camino de retroceso lo hicieran exactamente a la inversa del camino de ida, pero, como tú sabes, Burton, el límite del Universo las devuelve en el sentido de los meridianos, y solo en el polo opuesto del Universo podría presentarse de nuevo la imagen visible de acontecimientos pasados en los tiempos remotos.

Burton comprendió perfectamente las razones del profesor.

—Estoy de acuerdo con usted, profesor. No pretendía más que sugerirle algunas ideas para ver si a usted se le ocurría alguna explicación más lógica.

—Siento defraudarte, Burton, pero no se me ocurre. De todos modos, creo que nos encontramos ante una de las grandes incógnitas del Universo que de una u otra manera empieza a manifestarse. Nuestra obligación es investigar a fondo aunque no sepamos qué es lo que investigamos ni sobre qué base podremos asentar nuestras conclusiones.

Luego la conversación se hundió en un mar de cifras y sutiles pensamientos, prolongándose hasta bien entrada la noche.

Por último, e invitado por Malone, Burton fue a acostarse en una de las pocas habitaciones que había disponibles en el observatorio, al objeto de continuar la conversación al día siguiente.

# CAPÍTULO VIII

LOS días de descanso se habían convertido en días de febril actividad para Burton. Durante tres días permaneció en el observatorio del monte Palomar, discutiendo con el profesor Malone todas las teorías posibles sobre los fenómenos que estaba seguro de haber observado. Luego marchó a Filadelfia, más tarde a Oak Ridge y, por último, fue a parar a Chicago, donde tenía su residencia habitual.

Varias veces, comunicó con Robert por teléfono, al objeto de aplacar la inquietud de éste. Su amigo quería a toda costa permanecer a su lado, pero Burton se negó a ello. Quería tener libertad de movimientos para poder ahondar en el problema que le preocupaba.

En aquellos momentos se encontraban en su despacho repasando algunos informes con las revistas nacionales y extranjeras que trataban de asuntos científicos, mientras la radio, puesta en tono muy bajo, le distraía de su soledad y le ayudaba a concentrarse.

Esta había sido una característica de Burton: Era capaz de estar durante días enteros inclinado sobre la mesa de trabajo, pero difícilmente podía realizarlo si no había algo que rompiera su soledad. Este algo solía ser un poco de música en tono suave.

Ya llevaba más de seis horas traduciendo rápidamente los artículos científicos de los que tomaba notas: comprobaba mediante rápidas operaciones, cuando un ruido extraño le sacó de su ensimismamiento.

Un lejano rumor, que fue creciendo por instantes, venía del exterior. Burton hubiera jurado que eran las sirenas de alarma. Aguzó el oído y pudo comprobar que, en efecto, se trataba de ello.

Con paso mesurado se levantó y se dirigió a la ventana. Miró a través de ella y vio que la gran urbe se encontraba sumida en la más profunda oscuridad.

—Será una prueba de defensa pasiva —murmuró en voz alta.

Claramente llegaban a sus oídos los crecientes ruidos de la

alarma y en la semipenumbra de la noche veía correr a los transeúntes a guarecerse en los refugios destinados de antemano.

Con gesto tranquilo, se dirigió hacia el conmutador de la luz y dio una vuelta a la llave. La habitación quedó sumida en la oscuridad.

No era la primera vez que Burton, como cualquier ciudadano de los Estados Unidos participaba en operaciones de este tipo, que tendían a adiestrar a los ciudadanos para el caso de un ataque por sorpresa de un posible enemigo.

Luego se sentó en un sillón y esperó que pasara la alarma. En aquel momento la radio interrumpió su emisión de música. La voz del locutor se dejó oír.

—Atención a todos los ciudadanos: Se ordena al pueblo de Chicago que adopte las medidas preventivas ordenadas por la Defensa Pasiva. El enemigo se dirige a nuestra ciudad. En bien de todos rogamos el mayor orden en la entrada a los refugios atómicos. Se advierte asimismo, que cada ciudadano debe ir provisto de una sábana blanca con la que envolverá su cuerpo en cuanto pueda oír la primera explosión. Dejen los aparatos de radio funcionando, a través de los cuales se les darán las instrucciones propias del caso.

Burton permaneció sentado en su sitio, indiferente a aquellas palabras. Sabía que todo entraba dentro del plan de defensa pasiva. En aquel instante sonó el timbre de la puerta. Oyó los pasos de su criado chino, que se dirigían a recibir a la inesperada visita. Poco después daba unos golpes discretos en la puerta de su despacho.

—¡Pase!

El pequeño oriental se recortó en el marco de la puerta.

—Una visita, señor.

—¿Es el profesor Neumann?

—No, señor. En todo caso ser profesora.

Burton se sorprendió ante el anuncio.

Esperaba al profesor Neumann, aunque todavía era un poco pronto para que llegara, pero en modo alguno a una mujer.

—Está bien. Dile que pase.

Mientras su criado chino se dirigía hacia el vestíbulo para introducir a la inesperada visita, Burton se alisó el pelo con la mano y se puso la corbata en su sitio. Poco después una figura femenina se recortaba, a la débil luz que venía del pasillo, en la puerta de la habitación. Burton se levantó y encendió una pequeña lámpara que tenía sobre la mesa de despacho.

—¡Lauren! —no pudo menos que exclamar.

La muchacha avanzó sonriendo y le estrechó la mano.

—Profesor Lask; he de rogarle que me disculpe por haber venido a interrumpir sus meditaciones.

—De ninguna manera. Pase usted. Yo le ruego que me perdone a mí por recibirla de esta manera; pero le aseguro que no podía sospechar que viniera a visitarme.

—No se disculpe. He venido porque usted me autorizó a ello.

—Para mí es una agradable sorpresa. Siéntese. ¿Qué quiere usted tomar?

—Tomaré un poco de whisky.

Burton dio la orden a su criado y poco después les servía sendos vasos de whisky. Burton y Lauren bebieron un sorbo.

—¿Qué quieres? —dijo Burton, dirigiéndose a su criado, que permanecía en pie sin retirarse.

—Señor, haber luz encendida. Tener obligación de apagar.

—¡Ah! Ya no me acordaba. ¿Le importa a usted que permanezcamos a oscuras, Lauren?

—Es verdad. Puede usted apagar la luz. Casi he tenido que reñir al taxista que me traía hasta aquí, pues se negaba a continuar el camino en cuanto han sonado las sirenas.

El criado apagó la luz y se retiró. La noche estaba despejada de nubes y la luz de la luna penetraba por la ventana, iluminando el interior de la habitación.

Burton estaba sorprendido por la visita, pero en el fondo de su corazón reconocía que no le había desagradado' lo más mínimo. La muchacha permanecía sentada frente a él y la pálida luz lunar aureolaba su belleza con un halo misterioso que la hacía todavía más atractiva.

—He llegado hoy a la ciudad. No crea que me ha sido fácil encontrarle. Su amigo Robert me dijo que había salido usted con dirección al monte Palomar; llamé allí y me dijeron que había partido hacia Chicago. Luego tardé dos días en localizar su domicilio.

—La culpa es mía. Debí haberle entregado una tarjeta, aunque no es corriente encontrarme en mi casa.

—Hoy mismo he llegado a la ciudad. Esto me ha impedido enterarme de que había un ejercicio de defensa pasiva. De haberlo sabido hubiera elegido otra hora para visitarle.

—Le advierto que a mí me sucede lo mismo. Y ¿qué es lo que la trae por aquí, Lauren?

—Pues verá, profesor. Cuando estuvimos en las montañas Rocosas le dije que había algo en su relato que me llamaba la atención y, que yo no podía expresar.

—Así es.

—Pues ya he dado con ello. Se trata...

La voz del locutor interrumpió la frase de la muchacha:

—Orden de la Comandancia de Defensa Pasiva: Esta Comandancia comunica a todos los ciudadanos de Chicago, que desde sus observatorios ha podido percatarse de que las instrucciones sobre la protección en caso de guerra no son cumplidas con la exactitud requerida. Advertimos a todos los ciudadanos de Chicago que no se trata de un ejercicio más de defensa pasiva. Nuestros aviones de reconocimiento y vigilancia han podido localizar la presencia de una poderosa formación aérea a gran altura y que se dirige hacia el interior del país. La poca visibilidad y la altura a la que vuelan estos aviones, superior a la que pueden alcanzar los nuestros, ha impedido determinar a qué potencia pertenecen. De todas formas, la formación de combate que llevan y el desconocimiento por parte de nuestro Estado Mayor de una visita semejante, demuestra indudablemente que se trata de aviones enemigos. Ahí pues, ordenamos que sigan las instrucciones de defensa pasiva al pie de la letra.

—¿Qué demonios quiere decir eso? —dijo Burton sorprendido.

—No sé. Parece como si la cosa, fuera en serio.

Durante unos segundos permanecieron en silencio. La voz del locutor continuó:

—Nuestra defensa periférica comunica que esta formación aérea viene precedida de un extraño fenómeno, de tal modo que nuestro cinturón de radar no ha podido detectar la presencia de los aviones. Sin embargo, buques de la Flota han podido observar su paso. Rogamos a todos que mantengan la calma. Nuestras fuerzas aéreas están despegando de sus aeródromos e intentarán interceptar el paso a la formación enemiga.

—Bien, —dijo Burton—, aunque no comprendo una palabra, parece que la cosa va en serio. Tenemos que dirigirnos hacia el sótano del edificio, que está habilitado como refugio.

Lauren y Burton salieron hacia el vestíbulo de la casa, donde recogieron al criado chino y se dirigieron hacia los ascensores. Los pasillos del edificio se encontraban repletos de gente y los ascensores subían y bajaban a gran velocidad, transportando a los inquilinos hacia las profundidades del sótano.

—¡Tengan calma! ¡Tengan calma! —decía un militar retirado, que ocupaba el departamento B de la cuarta planta, que era donde estaba la habitación de Burton—. Si llevamos un orden riguroso, en unos minutos nos encontraremos todos en los sótanos.

—Yo no sé por qué hacen las cosas tan a lo vivo —dijo una

gruesa señora con voz histérica, mientras se anudaba el batín.

—No se trata de una prueba de defensa pasiva. Parece que la cosa va en serio—murmuró un hombre pequeñito, que presentaba el aspecto más risible con su batín a cuadros, un sombrero hongo que Dios sabe por qué razón se había puesto en la cabeza, y un pequeño maletín negro en la mano derecha, de los que sólo usan los médicos.

—No diga usted tonterías —le respondió otro—, esta es una estupidez más, de las muchas a que hoy estamos sometidos los ciudadanos pacíficos.

—Con tanto jaleo ¿cómo no van a subir los impuestos? —se quejó un comerciante.

Los comentarios eran de lo más variado, pero todos atendían a las instrucciones dadas y los ascensores fueron transportando a la gente hacia los sótanos del edificio. Burton y Lauren siguieron el mismo camino que los demás, aunque su continente era tranquilo. Por fin se encontraron acomodados en el sótano del edificio y uno de los vecinos, encargado previamente de esto, pasó lista. De las trescientas veinticuatro personas que habitaban la casa sólo dos faltaban.

—El Sr. Orsino se encuentra fuera' de Chicago, hace ya varios días —afirmó alguien.

—En cuanto al Sr. Rilker sé que fue a ver a unos sobrinos con los que tenía que cenar —dijo otro.

—Entonces, vamos a cerrar herméticamente.

Las puertas de acceso al interior del refugio fueron cerradas y precintadas, según las instrucciones dadas por la Defensa Pasiva para caso de un ataque imprevisto. Luego alguien puso en marcha el aparato de radio. La voz del locutor se amplió a través del altavoz, cortando los variados comentarios de los allí reunidos:

—¡Atención! ¡Atención! Vamos a leer un despacho del Presidente de los Estados Unidos.

Unos segundos después, y con voz grave, se leía el mensaje:

—El Gobierno de los Estados Unidos, y en su nombre el Presidente, como Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas del país, comunica al pueblo de los Estados Unidos que una gran formación aérea se dirige hacia nuestro territorio. La presencia de estos aviones, fuera del programa de visitas establecido por nuestro Gobierno con otros Gobiernos de la Tierra, nos hace suponer con fundamento que se trata de un ataque por sorpresa. Por ello el Gobierno ha dado órdenes a las fuerzas Armadas de la nación para que rechacen el ataque y tomen las represalias oportunas contra la potencia o potencias que lo hayan desencadenado. Del mismo modo

comunicamos al mundo entero que recusamos toda responsabilidad sobre este suceso y nos vemos precisados a tomar cuanto antes la iniciativa, sin poder consultar a otros organismos internacionales, que pudieran resolver pacíficamente la situación. Por último, advertimos a nuestros agresores que poderosas formaciones aéreas de bombardeo atómico han despegado. Y esperan en el aire la orden de dirigirse hacia sus objetivos, de tal modo, que si somos atacados con bombas atómicas responderemos de la misma manera. Creemos, por el bien de la humanidad, que quien quiera que sea que haya decidido resolver por las armas las cuestiones que puedan tener con los Estados Unidos, debe retroceder en su actitud y, en último extremo, abandonar la idea de utilizar bombas atómicas, que de ninguna manera habrían de darles la victoria, ya que podemos responder en el plazo de pocos minutos de la misma manera. El Gobierno de los Estados Unidos pide a Dios que ilumine a nuestros adversarios y que detenga a tiempo la terrible conflagración mundial que se avecina. Asimismo, espera que todos los ciudadanos, pertenezcan o no a las Fuerzas Armadas, sabrán cumplir con su deber si la situación nos obliga a responder a la agresión con la agresión.

Un helado silencio se adueñó del interior del refugio. Las dudas que pudieran haber sobre la operación de defensa pasiva se habían disipado, dejando un rastro de preocupación y angustia en los allí reunidos. Nadie se atrevía a romper aquel silencio, convencidos de la gravedad de la situación. En la mente de todos estaba el nombre del posible agresor, pero nadie quería nombrarlo, para no dar más realidad a los angustiosos momentos en que vivían.

El tiempo fue pasando y la radio de vez en cuando completaba sus instrucciones. De pronto un lejano rumor fue penetrando en el interior del refugio. Un instante más tarde se oía claramente el zumbido de los motores de una poderosa formación aérea que volaba sobre la ciudad.

De pronto un sordo temblor que fue creciendo hasta romperse en una explosión tremenda, sacudió hasta los cimientos del edificio.

Algunas mujeres se pusieron a gritar, mientras los hombres intentaban apaciguarlas.

Aquella explosión fue seguida de dos más y luego de una serie ininterrumpida, que sumió a la ciudad en un temblor continuo, como si hubiera sido afectada por un monstruoso terremoto.

Alguien se puso a rezar en voz alta y los demás siguieron su ejemplo.

Durante más de media hora continuó aquella endiablada catástrofe.

Lauren, inconscientemente, se había apretado contra el pecho de Burton, que la protegía afectuosamente con un cariñoso abrazo.

Por fin cesó aquella vorágine de explosiones y un silencio sepulcral siguió al terrible estallido de las bombas. En el altavoz de la radio se escuchaba el tic tac de un reloj que indicaba claramente que la emisora no había sido afectada por el bombardeo. Luego de unos minutos, volvió a escucharse la voz del locutor.

—Ha pasado la primera oleada de aviones. Nuestras Fuerzas Aéreas se han lanzado a su persecución. Comunicamos, para la tranquilidad de todos los ciudadanos, que no han sido empleadas bombas atómicas. Permanezcan en los refugios hasta nueva orden.

Dos horas más tarde sonaba la señal de que la alarma había cesado, y aquellos angustiados seres salieron del refugio para encontrarse con la desolación y la muerte sembradas por todos los ámbitos de la ciudad.

# CAPÍTULO IX

LOS solanos del edificio se fueron vaciando rápidamente. Burton y Lauren emprendieron el camino de la habitación del primero, mientras una tremenda algarabía, donde se mezclaban los comentarios con los gritos histéricos de alguna mujer, inundaba las dependencias del edificio.

Inconscientemente Burton llevaba a Lauren ceñida cariñosamente por los hombros, y la muchacha, aunque no había perdido su presencia de espíritu, se dejaba arrastrar suavemente.

—¿Se encuentra usted bien, Lauren?

—Sí, Burton. No consigo comprender lo que ha sucedido, pero estoy bien.

Ya estaban cerca de la vivienda de Burton cuando éste se detuvo un instante.

—¿Le importaría esperarme en mi piso mientras subo a la azotea?

—Si no le molesta subiré con usted.

Burton asintió con la cabeza y con paso rápido se dirigieron hacia uno de los ascensores que en pocos segundos los llevó a la azotea del edificio.

La ciudad se extendía ante los asombrados ojos de los dos seres. A pesar de la oscuridad de la noche podían darse una aproximada idea de la terrible catástrofe. Todavía continuaban apagadas las luces de las calles, pero el rojizo resplandor de varios incendios iluminaba fantásticamente diversas zonas de la gran urbe.

Hasta los oídos de los dos mudos espectadores llegaba el fantástico bramido de las sirenas de los coches de la policía y de las ambulancias, dando una más profunda dimensión al terror que se había desencadenado sobre la ciudad.

Como enjambres de hormigas las multitudes salían de los refugios para dirigirse presurosamente hacia sus hogares, con la angustia reflejada en el semblante y en los ademanes.

—No puedo comprender cómo ha sido posible esto.

—No tiene nada más que una explicación, Burton. Esto es la guerra.

—Estoy de acuerdo de que se trata de una acción bélica, pero lo que no puedo comprender es cómo ha podido desencadenarse. Cierto que las relaciones entre algunos países y el nuestro no eran muy satisfactorias, pero nada hacía prever que la situación desembocara en un conflicto armado. Hace veinte años la cosa estaba mucho peor y consiguió evitarse el conflicto.

—Es posible que nuestros probables enemigos hayan conseguido una nueva arma capaz de romper el equilibrio atómico que se había establecido entre las potencias.

—Eso es una explicación lógica. Siendo así pensarían que pueden resolver la guerra en poco tiempo. Sin embargo, nuestras represalias atómicas pueden destruir a nuestro agresor en pocas horas.

Durante unos momentos guardaron silencio y concentraron su atención en la magnitud de la catástrofe.

—¿No observa usted algo raro, Lauren?

—Estoy tan conmovida que apenas si tengo la serenidad suficiente para ver una panorámica general del acontecimiento.

—El bombardeo ha durado bastante tiempo. El número de explosiones de gran potencia ha sido muy elevado, sin embargo las destrucciones que podemos observar son inferiores a lo que debía ser previsible.

—A mí me parece todo tan horroroso que no soy capaz de discernir los matices.

—Brevemente le diré que según mis cálculos encuentro las destrucciones dos tercios inferiores a lo que debían ser.

Burton continuó durante un buen rato aquilatando con la mirada la intensidad de la violencia desatada sobre la población. De vez en cuando movía la cabeza como si estuviera asaltado por constantes dudas. Lauren respetaba su silencio sobrecogida.

—Vámonos hacia abajo.

La muchacha asintió en silencio y poco después se encontraban en el despacho de Burton, reconfortándose con un vaso de ginebra.

—Tendré que volver a mi hotel —dijo Lauren.

—Espere un momento y la acompañaré, pero antes quiero que hablemos del objeto de su visita.

—Se me había olvidado después de los últimos acontecimientos.

—De todas formas nada podemos resolver.

—Creo que tiene usted razón, Burton. Si usted me lo permite abordaré el tema. Creo haberle dicho que hice el doctorado en

Filosofía; eso me hace tener algunos conocimientos que en cierto modo se relacionan con su aventura en la cordillera del Himalaya.

Burton no pudo menos que mostrar su asombro ante la inesperada salida de la muchacha.

—Usted recordará que le dije que había algo en su relato que me llamaba la atención y que sin embargo no podía recordar bien.

—Lo recuerdo perfectamente. Había no sé qué cosa que usted quería recordar, pero le era imposible.

—¿Recuerda usted cuáles eran las palabras que dijo aquel fantástico santón tan inesperadamente aparecido en la ceremonia budista?

Burton buscó entre los papeles que tenía encima de la mesa y eligió uno.

—Aquí están reproducidas textualmente. Este es uno de los ejemplares de mi artículo.

—¿Quiere leérmelo?

Burton no comprendía a dónde quería ir a parar la muchacha; carraspeó y luego leyó en voz alta':

—«El hombre está atado a la Cadena Infinita por sus muchos pecados. Nadie conseguirá salirse de la rueda hasta que su único acto se manifieste en la ausencia de todo acto. Detén a tu hermano para que no obre. Impídele pecar para que se interrumpa la rueda de su vida.»

—Ese es el texto por el cual usted me pregunta, Lauren.

La muchacha quedó un momento pensativa, luego, levantó sus ojos hasta fijarlos en los de Burton.

—¿Me responderá con sinceridad a una pregunta?

—Tenga la seguridad de que así lo haré.

—¿No conocía esas frases antes de su aventura'?

—¿Cómo demonios iba yo a conocerlas?

La muchacha volvió a guardar silencio y Burton pudo percatarse de que algo pugnaba en su espíritu por salir a la luz.

—Le ruego que me hable sin reservas. Ya sabe lo que este enojoso asuntó significa para mí.

—De acuerdo. Yo conocía hace ya mucho tiempo esas palabras. No se asombre pues no tiene nada de extraño y misterioso, cualquiera que haya estudiado la filosofía hindú ha de conocerlas.

La cara de Burton reflejó el más vivo asombro. Esperaba cualquier cosa por extraordinaria que fuera; las últimas semanas habían traído tan asombrosos acontecimientos que se creía preparado para cualquier revelación, pero aquello era algo que no

podía ni imaginar siquiera.

—La cosa es muy sencilla —prosiguió la muchacha—. Entre las muchas sectas budistas hay una, la llamada El Río de la Flecha, que tiene la extraña creencia de que una vez, durante una cacería, Buda disparó una flecha que al no dar en el blanco se clavó en tierra, inmediatamente brotó una fuente que dio origen a un río desconocido todavía, y de carácter sagrado.

—Algo de eso creo haber leído —comentó Burton, subyugado por las palabras de la muchacha.

—El creador de la secta vivió hace muchos cientos de años. Su nombre era Isvarakrisna, a él pertenecen esas palabras.

La revelación de la muchacha sumió en mayor confusión a Burton.

—¿Quiere usted decir que aquel santón que apareció durante la ceremonia budista no hizo nada más que repetirlas?

—Quiero decir mucho más que eso. La descripción que usted hace en su artículo, corresponde perfectamente a la descripción que se hace del mismo en uno de los libros antiguos de la filosofía india, más aún, esas palabras las dijo en el mismo sitio donde usted las escuchó.

Burton no podía negar que le había impresionado sobremanera el relato de la muchacha. Un torbellino de ideas se adueñó de su pensamiento aumentando su confusión hasta el máximo.

—No sé todavía de qué podrá servirle mi aclaración, pero me creí en el deber de comunicárselo —dijo la muchacha en tono cariñoso.

—Le agradezco infinitamente que lo haya hecho. Cada vez es más inexplicable el enigma; creo que acabaré por convencerme a mí mismo de que en realidad se me ha aflojado algún tornillo de la cabeza.

Lauren rompió con una sonrisa la angustia expresada por las palabras de Burton.

—Si le digo la verdad, ahora empiezo a creer en su relato. Me consta que no es usted un farsante. Lo que más me asomara es la aparición de ese ser soportando tranquilamente una temperatura inaguantable. Cabría la posibilidad de que se tratara de un falsario que quisiera aprovecharse de la situación para no sabemos qué fines. No es difícil caracterizarse de tal forma que llegara a engañar a los fanáticos allí reunidos, pero mostrar tan absoluto desprecio ante una temperatura de más de veinte grados bajo cero, al extremo de soportarla casi desnudo, me parece algo que está por encima de las posibilidades humanas.

Iba Burton a tomar la palabra cuando la silenciosa figura de su criado chino se recortó en el dintel de la puerta.

—Señor tener un escrito que haber traído oficial del ejército ahora mismo.

Burton leyó la nota que le entregaba el oriental y se puso de pie.

—Siento que tengamos que interrumpir esta reunión, pero acabo de recibir la orden de incorporarme a mi puesto en el Estado Mayor Central, al cual pertenezco como técnico de la Sección Atómica.

—Por mí no se preocupe, Burton. Ya me las arreglaré yo sola para volver al hotel.

—¿Te has cerciorado si está mi coche en el garaje del edificio?

—-Chino haber visto coche hace unos minutos. Todo estar en orden.

—Entonces la puedo llevar hasta su hotel, luego continuaré solo mi camino.

Lauren se levantó y poco después salían ambos hacia el garaje, mientras llegaban hasta sus oídos los variados comentarios de la gente que todavía no había podido reprimir su excitación a causa del criminal e inesperado bombardeo que había sufrido la ciudad.

Poco después Burton dejaba a su acompañante a la puerta del hotel y se dirigía a toda velocidad hacia las oficinas del ejército, para solicitar le fuera concedido el transporte urgente que le llevara al Pentágono.

Durante el camino fue pensando en la conversación sostenida con la muchacha. Algo había en todos los acontecimientos vividos últimamente que despertaba en su espíritu una extraña inquietud. Quizá para el resto del mundo Burton fuera un hombre agotado víctima de algún fenómeno nervioso o peor aún: quizá pensaran que estaba loco; pero él estaba seguro de que era cierto todo cuanto había visto y de que no había ni la más ligera nota de fantasía en el relato que había hecho a los periodistas. Nada de lo sucedido era coherente, pero su espíritu científico estaba acostumbrado a enfrentarse con las posibilidades más absurdas en la convicción de que siempre habría de encontrarse la justificación para las mismas.

Su avance por las calles de la ciudad se hallaba dificultado por las destrucciones causadas en la incursión aérea y a cada instante tenía que detener su automóvil para identificarse.

Durante la última parte del trayecto miró con atención las zonas más afectadas por el bombardeo. Una cosa saltaba a la vista: a pesar de los incendios y de los muchos edificios derribados no pudo encontrar la menor huella de los impactos producidos por la metralla de las bombas; ni siquiera un hoyo en mitad de la calle

quedaba como vestigio de la fuerza; de penetración de las bombas.

Todo su alrededor mostraba la mueca siniestra de la desolación, sin embargo una cosa llenaba con un rayo de luz optimista su corazón: la blanca y deliciosa sonrisa con que Lauren lo había despedido a la puerta del hotel.

## CAPÍTULO X

NO habría pasado una hora desde que Burton llegó al Estado Mayor de la zona militar en que se encontraba, cuando un poderoso avión de propulsión a chorro, escoltado por cinco cazas tipo «Poney», lo transportaba a toda velocidad hacia la residencia del Estado Mayor Combinado de Washington.

Cuando llegó al Pentágono, el Estado Mayor estaba reunido. Se hizo anunciar y poco después salía a recibirle el profesor Malone, quien lo introdujo.

—Pase, querido Burton, pase. Han comenzado ya las deliberaciones y el asunto está ya en su momento culminante.

Burton, tras hacer una ligera inclinación de cabeza, saludando a los reunidos, tomó asiento en la gran mesa redonda, el propio Presidente de los Estados Unidos, George H. Talvert, presidía la reunión, en la que se encontraban los más altos jefes del Ejército, la Aviación y la Marina.

—Los proyectiles dirigidos con carga atómica, se dirigen hacia sus objetivos desde hace veinte minutos

—afirmaba en aquel momento el General Jefe de la Aviación.

Tardarán más de una hora en llegar a los objetivos previstos; durante todo ese tiempo los tenemos controlados por nuestros aparatos y podríamos hacerlos retroceder a hundirlos para siempre en el mar.

—No he de ocultarles, señores, la gravedad del momento. En la mente de todos está el nombre de nuestro posible agresor. Sin embargo, las más profundas dudas sobrecogen mi espíritu. No llego a comprender las razones políticas o económicas que hayan podido decidir a nuestros eventuales enemigos a tomar una decisión tan desesperada. En otros tiempos hubiera sido comprensible, pero en la actualidad los destinos del mundo han estado regidos con mayor sensatez por parte de todos y las sospechas habían sido disipadas.

—Para todos ha sido una sorpresa —intervino el General Douglas, Jefe del Ejército de Tierra—, pero no cabe otra explicación

que la que hemos dado anteriormente. No es posible pensar que sean nuestros aliados tradicionales, Inglaterra y Francia, los que han provocado el ataque. El poderío chino ha crecido extraordinariamente, pero no creemos que estén en condiciones de provocar una guerra como protagonistas máximos. También es digno de tener en cuenta que su filosofía política ha sido modificada considerablemente, matizándose de un nacionalismo exacerbado que ha hecho de la actual nación china un país regido por una política semejante a la de Monroe, que tu vieron los Estados Unidos hace ya muchos años.

—Creo que las medidas que hemos tomado —intervino el Almirante Hudson—, son perfectamente adecuadas. No podemos esperar a ser destruidos por un ataque atómico, para tomar las represalias necesarias.

Cada segundo tiene en la actualidad un valor inmenso.

—¿No creen —intervino Malone— que es totalmente extraordinario el hecho de que semejante agresión bélica no se haya producidlo por medio de armas nucleares? Nuestro posible enemigo sabe que no restringiremos nuestro poder de ataque después de haber sido agredidos tan injustificadamente.

—Esa es otra de las piezas confusas de este rompecabezas —intervino de nuevo el Jefe del Ejército de Tierra—pero en nada modifica la trayectoria que debemos de seguir en este asunto.

—Usted, profesor Burton, se encontraba en el lugar del bombardeo ¿no es así?

Burton asintió a la pregunta del Presidente.

—¿Quiere darnos una versión directa del asunto?

Burton explicó detalladamente las condiciones en que se había producido el bombardeo sobre la ciudad de Chicago.

—¿Tiene usted idea de cuántos eran los aviones que atacaban? —preguntó el jefe de la Aviación.

—No puedo contestar con precisión a la pregunta. No dependiendo de mí la defensa de la ciudad, me limité a seguir las instrucciones previas de la Defensa Pasiva.

—De todas formas su observación directa puede darnos algún detalle interesante.

—Una cosa me ha chocado sobremanera.

—¿Qué es ello? —preguntó el Presidente Talvert.

—Aunque no pude ver los aviones que realizaban el ataque, pude oír sin embargo el ruido de las explosiones e incluso de los motores. Parece ser que se trataba de un ataque en masa de aviones propulsados por motores de hélice. El número de explosiones fue

muy grande; en cambio las destrucciones ocasionadas no parecen estar en consonancia con éstas.

—¿Acaso han empleado algún explosivo desconocido por nosotros? —intervino Hudson.

—No es eso. Si es como usted dice, resulta que el explosivo empleado es de menor potencia que cualquiera de los empleados en la Guerra Mundial de mediados de siglo.

—Explíquese —ordenó el Presidente.

—Pude observar los efectos de las bombas y han sido muy inferiores a lo que podía preverse. También resulta curioso que por ningún lado pude hallar rastros del impacto de la metralla, ni siquiera los embudos característicos de las bombas de percusión.

—El último aspecto no es importante —intervino el Jefe del Ejército de Tierra—. Pudieron emplear espoletas graduadas que hicieran estallar las bombas a pocos metros del suelo. Más extraordinaria es la noticia que nos da sobre la relativa ineficacia del bombardeo.

—De eso puedo dar fe. Aun sin ser un técnico en tales materias, la realidad me resultó evidente.

—Eso coincide con algunos informes que he recibido desde la zona afectada —dijo con aire grave el Jefe del Ejército de Tierra—. No les di demasiado crédito por considerar la precipitación con que se me habían enviado.

En estos momentos unos precipitados golpes en la puerta sorprendieron a todos los reunidos.

El Secretario del Presidente, a una seña que éste le hizo, abrió la puerta dando paso a un oficial de alta graduación, quien con gesto excitado se cuadró ante el primer Magistrado del País.

—¿Qué sucede, Coronel?

-—Señor Presidente, en estos momentos nuestra estación radioemisora está recibiendo un mensaje.

—¿De qué se trata?

—Han solicitado conexión directa con el Presidente de los Estados Unidos.

—¿Pero, quién es el que la solicita?

—El Gobierno de Rusia.

La noticia era tan inesperada que por un momento dejó a todos los presentes sumidos en un profundo estupor. Fue el Presidente el primero en reaccionar.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Sí, señor Presidente. Hemos identificado nuestra emisora a los

que hacían el llamamiento. Les hemos dicho que transmitiríamos el mensaje al señor Presidente y se han negado a ello, insistiendo en que querían entablar una comunicación directa.

—De acuerdo. Comuníqueles que acepto la invitación y ahora mismo me personaré en la emisora.

—No es necesario, señor Presidente; esta habitación está instalada para poder comunicar por radio con todo el mundo —dijo el coronel.

—Haga pues la conexión.

El Coronel llamó a dos de sus ayudantes que esperaban respetuosamente a la puerta, y, en pocos segundos quedó hecha la conexión. Luego pulsó un botón de la pared y una parte de su superficie se descorrió como un telón metálico dejando al descubierto el equipo emisor-receptor. Con manos ágiles lo reguló y comenzó a hablar por el micrófono.

—Atención Rusia, atención. Aquí los Estados Unidos. El Presidente de los Estados Unidos escucha.

Dichas estas palabras el Coronel llevó el micrófono hasta la mesa ocupada por el Presidente. Pasaron

Unos segundos de intensa emoción, hasta que se oyó la voz de los lejanos interlocutores:

—«Al habla el Jefe del Gobierno de Rusia, en solicitud de conversar con el señor Presidente de los Estados Unidos».

—El Presidente de los Estados Unidos a la escucha —dijo secamente el Presidente.

—«En nombre del pueblo ruso, de mi gobierno, y en el mío propio, envío un saludo al pueblo americano y a su Presidente, con el más ferviente deseo de paz y de prosperidad.

—El pueblo norteamericano —contestó el Presidente— aceptaría muy gustoso ese saludo y esos votos, si no tuviera motivos para poner en duda la sinceridad de los mismos. Solicito una explicación de mi colega ruso y le ruego que tenga en cuenta que, las relaciones entre los hombres no pueden fomentarse sobre la base de la violencia y el temor.

—«La excepcional medida que hemos tomado al solicitar una conversación directa con el señor Presidente, indica cuán sorprendidos estamos ante la inexplicable situación por la que atraviesa actualmente ese gran pueblo. Rechazamos toda responsabilidad de tan catastrófico suceso y lo hacemos constar así, no solo ante el Gobierno de los Estados Unidos, sino también ante el mundo entero. Hemos creído, ante las noticias que hemos recibido por radio de nuestro Embajador, que no debíamos demorar ni un

solo segundo esta comunicación, al objeto de evitar actos irreparables que pudieran conducir al mundo a una conflagración».

—Pido a Dios —dijo el Presidente— que esas palabras encierren toda la verdad que nosotros deseamos, sin embargo, ante la posibilidad de concebir ninguna hipótesis que justifique, de una u otra manera, el ataque sufrido por uno de nuestros más importantes núcleos urbanos, yo y mi Gobierno nos vemos precisados a solicitar del Gobierno de Rusia algo, más concreto que unas palabras.

La contestación no se hizo esperar.

—«El Gobierno de Rusia, convencido de la justeza de las palabras del señor Presidente, tenía decidido de antemano dar una prueba de sinceridad. Estamos dispuestos a permitir un amplio reconocimiento aéreo de todo nuestro territorio, haciendo la promesa previa de que nuestros barcos de guerra no entorpecerán la misión de los porta-aviones de la marina de los Estados Unidos, ni tampoco despegará ni un solo avión que pudiera oponerse al libre vuelo de los aparatos norteamericanos.

El Presidente de los Estados Unidos, guardó silencio, aquilatando la proposición hecha por el Gobierno ruso.

—Y ¿quién nos garantiza que no aprovecharán ustedes ese tiempo para lanzar un ataque total por sorpresa?

—Un momento, señor Presidente —dijo el Jefe del Gobierno ruso—. Va a hablar el Embajador de los Estados Unidos en Rusia.

—Hable usted, McKinley.

—«Señor Presidente, sé cuán grande es mi responsabilidad en estos momentos, pero me considero en el deber de comunicar que, tanto las informaciones personales mías, como las reunidas por el agregado militar de nuestra Embajada, no indican, en modo alguno, que Rusia se haya lanzado a la guerra. La vida: transcurre aquí con toda normalidad.

—Está bien, McKinley. He reconocido su voz y sé que no es usted hombre que hable a la ligera. En nombre de mi gobierno comunico al de Rusia lo siguiente:

Primero, aceptamos el plan de reconocimiento aéreo.

Segundo, comunicamos que poderosas formaciones aéreas y una flota de proyectiles atómicos dirigidos, se dirige hacia el territorio de Rusia. En estos momentos doy las órdenes oportunas para que tanto nuestros aviones como nuestros proyectiles dirigidos, se detengan a quinientos kilómetros de Rusia. Volarán en un círculo de cincuenta kilómetros de radio, en espera de nuevas órdenes. Mientras tanto se procederá al reconocimiento aéreo, y a su posterior retirada si éste es satisfactorio.

—«El Gobierno de Rusia acepta las condiciones. Nuestros aparatos detectores comprobarán, a cien kilómetros de distancia cualquier carga explosiva, atómica o no, que pudieran transportar los aviones de reconocimiento. En caso de no transportar ningún explosivo tendrán cielo abierto para hacer su reconocimiento, en caso contrario despegarán nuestras formaciones para impedir su penetración en territorio ruso».

El Presidente volvió a meditar durante unos segundos y luego, con voz serena contestó:

—Considero justa la advertencia del Gobierno ruso y puedo garantizar que nuestros aviones irán desprovistos de todo dispositivo de ataque. Espero que Dios nos ilumine para llevar a buen fin a la humanidad que hoy vive angustiada, pendiente de esta conversación.

La histórica y excepcional conversación había dado final. Tan insólito era todo aquello que, la mayor parte de los miembros del Estado Mayor se hallaban sin poder pronunciar una palabra. Fue el Almirante Hudson el primero en reaccionar.

—¿No será todo esto una jugarreta?

—No lo creo —dijo el Presidente—. Si así fuera, nuestros cohetes atómicos serían lanzados con fuerza irreprimible sobre los objetivos militares.

Ya iba a replicar el Almirante Hudson cuando unos golpes en la puerta solicitaron la atención de todos. El Presidente autorizó la1 entrada, y un comandante de aviación se introdujo en la sala de conferencias y alargó un despacho al general Jefe de la Aviación.

Douglas lo abrió y leyó con detenimiento. Todos estaban pendientes de su gesto y vieron como su cara pasaba del interés al asombro y del asombro a la indignación. Con gesto irreprimible se puso de pie.

—¿Quién ha redactado este despacho?

—Es el informe sobre la incursión aérea —dijo el comandante a quien sorprendió la violencia del ademán del general.

—Comandante, le aseguro que esto puede costarle a usted un consejo de guerra si ha sido consciente de lo que aquí dentro se dice.

—¿Qué sucede, general? —preguntó el Presidente.

—Señor Presidente, me parece ridículo leer determinada parte de este informe que pretende ser el relato exacto de la incursión aérea sufrida por Chicago.

—De todas formas, léalo usted. Estoy dispuesto a castigar severamente cualquier infracción de las ordenanzas en momentos

graves como los que atravesamos.

El General Douglas vaciló un momento. Su cara se congestionó al extremo de parecer que iba a sufrir un colapso, por último consiguió serenarse y comenzó a leer:

—«… el ataque realizado por dos formaciones de unos ciento cincuenta aviones cada una, lanzados en oleadas con un minuto de intervalo. Cada una de las formaciones dio cinco pasadas sobre la ciudad».

El general se detuvo un instante, como si dudara en seguir leyendo.

—Continúe —ordenó el Presidente.

—«… los aviones eran de tipo Junker, empleados por la aviación alemana durante la última conflagración mundial, según el modelo modificado durante el año mil novecientos cuarenta y uno».

El general dejó de leer. El más vivo asombro se pintaba en el rostro de todos los presentes.

— ¡¿Qué quiere decir eso, general?! No concibo cómo puede haber hombres en su Estado Mayor de tamaña incompetencia. Ordenaré una información sobre el caso y se sancionará debidamente tamaña ineptitud.

—¿No es posible que el ataque se haya hecho con viejos aparatos de ese tipo? —preguntó Malone.

—No —dijo Douglas, el cual había perdido el color de su cara—. Me consta que hace más de diez años que no existe ni un solo de esos aparatos, sobre la superficie del planeta. Le ruego al señor Presidente que me permita acercarme a mi Estado Mayor, al objeto de exigir las responsabilidades pertinentes.

Ya había accedido el Presidente y Douglas se dirigía hacia la puerta cuando un hombre, con cara desencajada y terriblemente excitado, se introdujo en la habitación sin pedir permiso.

—En busca de usted iba, coronel. Como Jefe del Servicio de Información de mi Estado Mayor recaerá sobre usted la máxima responsabilidad por el informé que se me ha enviado.

El hombre consiguió adueñarse de sus nervios y con acento de profunda confusión replicó al general:

—Lo comprendo, mi general, comprendo su actitud. Yo mismo estoy desconcertado y creo que voy a terminar por volverme loco.

—¿Ha revisado usted el informe que se me ha transmitido? ¿Puede usted justificarme esa fantástica aparición de los aviones alemanes de la última guerra mundial, aparecidos en el informe?

Ante el asombro del auditorio, el coronel se irguió marcialmente y contestó:

—Si, mi general.

—¡Hable usted ya de una vez!

El coronel alargó a su superior un repleto sobre que llevaba en la mano, éste lo abrió y comenzó a mirar una profusa serie de fotografías.

— ¡Pero es que vamos a volvernos todos locos!

—Son las fotografías tomadas de los aviones agresores. He seleccionado las que están más claras y que corresponden a cincuenta y dos pilotos diferentes de nuestras escuadras aéreas. Están tomadas con teleobjetivo y dieciséis de ellas lo han sido desde tierra.

El general Douglas se había quedado como petrificado, luego se dirigió con gesto nervioso al lugar ocupado por el Presidente y extendió ante él la colección de fotografías.

Burton pudo ver cómo brillaban bajo la potente iluminación de la sala de conferencias. Al parecer acababan de ser reveladas y todavía conservaban húmeda su superficie.

El Presidente las miraba con ojos de asombro, incapaz de hacer el menor comentario sobre lo que estaba viendo.

— ¡Esto es increíble! —murmuró en voz bala.

Luego las fue pasando hacia los demás miembros del Estado Mayor Conjunto, que se encontraban profundamente intrigados ante la breve y dramática escena que tenían ante sus ojos.

Cuando Burton recibió tres o cuatro de las fotografías no pudo menos que soltar una exclamación de sorpresa, uniéndose al coro general de los demás, presentes. Se restregó los ojos para convencerse de que no estaba soñando, pero una nueva ojeada a las fotografías le convenció de que todo era una realidad. Eran unas fotografías, tomadas en distintas posiciones, de aviones en pleno vuelo. Aun sin ser un experto en la materia, reconoció fácilmente los aviones tipo Junker empleados por los alemanes en la última guerra; y lo que era más asombroso todavía: en la cola y el fuselaje de los aparatos campeaba nítidamente la cruz gamada del que fue Partido Nacional-Socialista Alemán.

# CAPÍTULO XI

HACÍA seis días que Burton se encontraba en la base atómica de Nord Valiey, Cuartel General del Mando atómico al cual pertenecía.

Todos los gobiernos de la Tierra habían sido puestos al corriente del extraño bombardeo de Chicago y una amplia investigación había dado el resultado más desconcertante. Ninguna estación de radar de la Tierra, ni aun las de los Estados Unidos, habían conseguido detectar la presencia de los aviones, sin embargo se consiguieron numerosas fotografías, visiones directas, y hasta quedó registrado el ruido de los motores, que, en efecto, pudo ser identificado como perteneciente a aviones Junker.

En aquel momento, Richardson y Burton se encontraban en animada conversación, en el despacho del segundo.

-—Yo no comprendo a donde quiere ir a parar, Burton. Soy hombre de hechos concretos y no de hipótesis.

Usted es un físico teórico acostumbrado a manejar ideas abstractas, pero, por el contrario, he hecho toda mi carrera sobre la base de experiencias concretas, repetidas una y otra vez hasta conseguir el máximo grado de certeza.

—Pero es preciso reconocer que el caso que nos ocupa se aparta de toda posibilidad de experimentación. Tenemos que considerar todas las hipótesis posibles, hasta que una de ellas pueda ser confirmada por la experiencia.

Richardson se mesó su rojiza barba e intentó tomar en consideración las ideas expuestas por Burton.

—Considero muy interesante su hipótesis sobre la constitución ondular del éter. De ser así, cabría suponer que todas las ondas, de cualquier clase que fuesen, encontrarían caminos apropiados en el espacio para propagarse a una velocidad infinitamente superior a la de la luz. Todo el problema consistiría, como usted me ha dicho, en conseguir darle a las ondas luminosas o sonoras la misma frecuencia que las ondas que constituirían el éter. De conseguirse esto, la propagación de estas ondas sería instantánea, superando por lo tanto los trescientos mil kilómetros por segundo que tiene la luz

como velocidad de propagación y considerada como límite en los momentos actuales.

—Esto podría justificar la existencia del misterioso éter, y también la de ciertos fenómenos incomprensibles.

—Eso está bien, Burton, pero no deja de ser una hipótesis. Yo necesito algo más sólido donde cogerme.

—¿Y qué me dice usted de esta fotografía?

El profesor Richardson miró por centésima vez la fotografía que había sido motivo de la discusión. Era una de las fotografías tomada durante el bombardeo de Chicago. Un pesado avión Junker, con la cruz gamada claramente visible en el fuselaje y en la cola, aparecía en pleno vuelo, atravesando una nube que hacía un poco borroso los perfiles del aparato.

Richardson miró detenidamente y luego levantó la cabeza.

—No es una prueba convincente, Burton.

—Pero yo puedo garantizarle que no había la menor nube sobre Chicago cuando se produjo el bombardeo.

—Reconozco que la cosa es desconcertante, pero dudo que usted pudiera hacer una observación del firmamento, tal, que pudiera afirmar que no había ni una sola nube.

—El Observatorio Nacional de Chicago me lo ha confirmado —dijo Burton señalando una hoja de papel color naranja que tenía sobre la mesa de su despacho.

—Sí. Ya lo he leído. Si quiere que diga la verdad tampoco creo en el rigor de ese informe. Para un observatorio astronómico el cielo es despejado en cuanto la visibilidad es superior al noventa por ciento. No me extraña que no repararan en una pequeña nube situada a gran altura sobre el suelo.

—¿Y si el informe dijera la verdad?

—Entonces me encontraría tan perplejo como pudiera encontrarse un leopardo al que vistieran de frac y sombrero de copa.

—Entonces tendría usted que empezar a considerar mi hipótesis, profesor. Esos aviones no han volado jamás sobre Chicago.

—Entonces el bombardeo tampoco existió, ¿no es cierto? Ni las ochenta y cinco mil cuatrocientas treinta y cinco víctimas han sido otra cosa que el sueño de un periodista borracho; ni existen los edificios derribados que yo mismo he visto por mis propios ojos; ni ha muerto mi amigo el profesor Colen, a quien sorprendió el bombardeo en un restaurante y a cuyo entierro acudí hace cuatro días.

—También yo vi un campamento de soldados cuando fui

apresado por aquella extraña banda, y escuché sus voces, y oí el ruido de los automóviles, y vi los edificios de cemento. También yo vi todo eso y sin embargo he tenido que llegar a la conclusión de que no existía.

Richardson movió la cabeza en silencio y siguió acariciándose la rojiza barba.

— ¡Que me frían los sesos en una cacerola y me crezca la nariz siete palmos si consigo encontrar la menor luz en todo este asunto! Nada de lo que hemos hablado tiene la menor realidad, sin embargo es preciso reconocer que están sucediendo cosas que no tienen nada que ver con la realidad misma.

Los dos hombres guardaron silencio mientras Burton volvía a observar con detalle la fotografía del avión alemán.

—Son las once, Burton. Creo que debía ir usted a recibir, a su secretaria.

—Se me había olvidado el asunto. Tendré que salir hasta el lugar donde se encuentra la guardia principal de nuestra base atómica. Como son solamente veintidós kilómetros lo que dista de aquí puedo hacer el viaje en unos minutos.

—Hace cuatro días que no salgo de este endemoniado recinto —rezongó Richardson—. Malone está en Washington desde hace dos días para resolver un asunto urgente, usted va a recibir una secretaria y yo...

—¿Por qué no me acompaña, profesor?

—Sí que lo haré, Burton, pero ha de prometerme que durante el trayecto no volveremos a hablar de esa diabólica teoría suya sobre la propagación instantánea de las ondas en esa especie de ferrocarril ondulado que es para usted el éter.

—De acuerdo —convino Burton con una sonrisa—. Procuraremos olvidarnos del asunto... por ahora.

Los dos hombres descendieron del primer piso del edificio en que se encontraban y poco después, bajo el agradable sol de aquella mañana de primavera, se dirigían en automóvil hacia la entrada principal de la base atómica.

Cuando llegaron faltaban todavía más de quince minutos para que fuera la hora convenida con el Estado Mayor para la llegada de la secretaria que se le había destinado a Burton, escogida entre el personal auxiliar femenino movilizado.

El jefe de la guardia saludó con una sonrisa a los dos hombres.

—¿No se ha acercado nadie por aquí?

—No, profesor Burton. Estamos esperando a la señorita de Servicios Auxiliares que tiene su llegada dentro de veinte minutos.

—¿Qué le parece Richardson, si nos adelantáramos a recibirla?

—Con tal de distraerme un poco acepto gustoso la proposición.

—Ocho kilómetros más adelante existe un parador, al lado mismo de la carretera, donde estoy seguro que nos servirían una comida excelente. Como esa señorita ha de pasar por allí podíamos esperarla tranquilamente mientras almorzamos.

Richardson aceptó entusiasmado la idea. Hacía muchos días que estaba sometido a un intenso trabajo y aquel pequeño aliciente le parecía una bendición del cielo.

—No lo pensemos más; apriete el acelerador y vamos a ver si son capaces de servirnos un buen filete con cebollas que sea capaz de ausentar el pesimismo que me invade.

Burton apretó el acelerador y en menos de cinco minutos llegaron al parador indicado. Acompañados por un amable camarero, tomaron asiento, en una mesa desde la cual se divisaba sin esfuerzo la carretera.

—Desde aquí veremos perfectamente cualquier coche que pase hacia la base atómica.

Poco después hundían el tenedor en un magnífico filete que mereció las más entusiastas alabanzas de Richardson.

La comida transcurrió dentro de un ambiente de jovialidad que disipó por unos instantes las angustiosas sombras que se cernían sobre el espíritu de los dos hombres. Ya habían comenzado a comerse el postre cuando un automóvil descapotable, pintado de color crema, se detuvo ante la puerta principal del parador.

—Ya la tenemos ahí —susurró Richardson.

Burton se puso en pie al tiempo de ver cómo descendía del coche una joven ataviada con el uniforme del Cuerpo Auxiliar Femenino de los Estados Unidos. La muchacha se dirigió con gracioso paso hacia uno de los camareros y le preguntó:

—¿La base de Nord Valley?

—Ocho kilómetros más adelante —respondió el camarero

La muchacha miró su reloj de pulsera y comentó:

—Todavía dispongo de algunos minutos. Sírvame una Coca-Cola bien fría.

Burton se dirigió con paso mesurado hacia la mujer que se apoyaba gentilmente en la barra del parador.

—Señorita, creo que puedo serle útil…

La muchacha se volvió sorprendida y un grito se escapó de sus labios.

—¡Burton!

—¿Cómo? ¡Lauren! ¿Cómo demonios se encuentra usted aquí?

—Vengo a buscarle a usted.

Los dos amigos se estrecharon efusivamente las manos.

— ¡Demonios de mujer! ¿No dirá que es usted la secretaria que me han destinado?

—Así es, profesor.

—No me llame profesor. Llámeme Burton; se lo agradeceré.

Poco después Burton presentaba a la deliciosa muchacha al profesor Richardson, el cual hizo un galante cumplido, mientras la invitaba a sentarse a la mesa.

—Por lo visto se conocen ustedes.

—Sí, Burton y yo comenzamos a ser ya viejos amigos —sonrió la muchacha.

—Es una extraordinaria coincidencia que la hayan destinado a usted como secretaria mía.

—No ha sido tanta coincidencia, Burton. Pedí yo este destino. Los cuatro idiomas que dómino a la perfección, mi sobresaliente en matemáticas y Cosmología, y la feliz coincidencia de ser sobrina del Almirante Hudson, me hicieron vencer a mis competidoras.

—Por lo visto, cuando la señorita planea un ataque, no descuida ningún detalle —dijo en tono zumbón Richardson.

Todos rieron con buen humor y la reunión se prolongó durante casi una hora. Durante aquel tiempo, Richardson y Burton consiguieron apartarse de sus preocupaciones, de tal modo que aquella reunión tenía todo el aspecto de tratarse de un grupo de amigos que estuvieran celebrando algún feliz acontecimiento. Tan abstraídos estaban que tuvo que ser Lauren la que llamara la atención de los dos profesores.

—Creo que entra en mi deber de secretaria el advertirle que quizá estamos prolongando excesivamente la celebración de nuestro encuentro.

—¿Cómo dice? ¡Ah, sí! —dijo Burton con cara de hombre que viniera de otro planeta—. Me había olvidado por completo. Creo que debemos regresar a la base.

Richardson abonó la cuenta y se dirigieron hacia los automóviles. Burton abrió galantemente la puerta del auto de Lauren y esta tomó asiento disponiéndose a ponerlo en marcha. Ya iba a dirigirse Burton a su coche cuando algo le hizo detenerse en el camino.

—¿Qué sucede, Burton?

—¿No oye usted nada, profesor?

Richardson aguzó el oído.

—Sí, se oye algo extraño.

De lejos venía un extraño rumor que parecía salir de la base atómica. Al principio era un rumor confuso; luego fue creciendo de tono hasta percibirse claramente. Era una extraña melodía, un conjunto de poderosos silbidos y notas vibrantes, que iban esparciéndose por todos los ámbitos de aquellos parajes, dando una extraña sonoridad a la atmósfera. Era una fantástica melodía compuesta por sobrehumanos sonidos que iban adquiriendo cada vez una mayor potencia. Redondas notas que quedaban vibrando en el aire, centelleantes silbidos, chasquidos inconcebibles, sincopadas vibraciones que se mezclaban formando una extraña melodía a nada comparable.

— ¡La sinfonía de las estrellas! —-murmuró Burton con un tono lejano en la voz.

Richardson lo miró sin comprender qué había querido decir con aquellas palabras. Lauren y el personal que estaba de servicio en el parador escuchaban atónicos aquella fantástica melodía, que fue creciendo de tono hasta convertirse en un ruido ensordecedor, muy superior al de una poderosa explosión,, Los atónitos observadores se tapaban desesperadamente los oídos con las manos, pues sentían que las ondas sonoras atravesaban sus tímpanos como cuchillos.

De pronto una poderosa explosión vino a confundirse con la extraña sinfonía. Todos pudieron ver una; gran columna de humo elevándose entre llamaradas de fuego, en la dirección en donde se encontraba situada la base atómica. Durante más de un minuto permanecieron todos como petrificados. La extraña sinfonía había cesado y el eco de la explosión se fue perdiendo sobre la inmensa soledad del paisaje.

— ¡Pronto; a los automóviles!

Los tres amigos pusieron en marcha los dos automóviles y a toda velocidad se dirigieron hacia la base atómica. Cuando llegaron a los alrededores, el espectáculo más desolador se mostró a sus ojos. Del conjunto de edificios e instalaciones que formaban aquella espléndida base, no quedaba más que un montón de ruinas humeantes, dominadas por el impresionante silencio de la muerte.

# CAPÍTULO XII

DURANTE varios minutos aquellos seres permanecieron en completa inmovilidad. El espanto y el asombro había hecho presa en sus corazones, imposibilitándoles todo movimiento.

Desde la puerta principal, que daba acceso al vasto terreno de la base atómica, podía divisarse en lontananza el desolado paisaje.

Una espesa columna de humo y polvo envolvía el montón de ruinas dándole un tinte fantástico.

—No, no ha sido una explosión atómica —murmuró en voz alta Richardson.

Burton miró el contador de radioactividad del que iba provisto su automóvil.

—No ha sido una explosión atómica, profesor. No hay ni el menor síntoma de radioactividad.

—Vamos hacia allí.

Ya iba Burton a pisar el acelerador cuando algo atrajo la atención de su mirada,

—Un momento. Creo que alguien necesita nuestra ayuda.

Diciendo estas palabras descendió del coche y se dirigió hacia la figura de un hombre que se arrastraba penosamente entre la polvorienta bruma. Con paso rápido llegó hasta el caído y le dio la vuelta.

Se trataba del capitán de la Policía que mandaba la guardia de la puerta principal. Richardson y Lauren se habían aproximado también al herido.

—¿Qué le pasa a este hombre? No parece posible que haya llegado hasta aquí el efecto de la explosión.

—No sé —contestó Burton—. Está agonizando.

El hombre jadeaba tremendamente en la agonía. Sus ojos vidriosos se posaron en los de Burton y su boca se movió intentando pronunciar algunas palabras.

—Han sido… Allí… Dentro.

Burton comprendió que ya nada podía hacerse por aquel hombre.

—Diga, capitán. Allí dentro ¿qué?

El herido guardó silencio unos instantes como para reunir algunas fuerzas.

—Ellos… Dispararon… por sorpresa. Todos… muertos. Llevaban… un… aparato…

El hombre quedó agotado por el sobrehumano esfuerzo realizado; su cabeza cayó hacia atrás y sus hombros se aflojaron. Burton lo reclinó suavemente sobre el suelo; sus ojos se veían nublados por las lágrimas, que apenas podía contener ante la dramática visión.

—Hay que hacer algo.

—Todo es inútil, Burton —dijo el profesor—. Ese hombre ha perdido ya demasiada sangre.

—Lauren, cerca del parador hay una pequeña iglesia. Vea si puede traer un sacerdote.

La muchacha obedeció instantáneamente y un segundo después lanzaba su coche, a toda velocidad, en dirección al parador.

Burton y Richardson hicieron una pequeña inspección por los alrededores y fueron descubriendo, uno a uno, al resto de los hombres de la guardia. Todos estaban muertos y la mayor parte de ellos aún empuñaban la pistola. Burton sacó el cargador de dos de ellas y pudo comprobar que faltaban algunas balas.

—Esto ya es peor. Estos hombres han trabado combate con alguien que les pilló por sorpresa.

— ¡Por la constelación del Centauro! ¿Quién puede haberse atrevido a atacar nuestra base?

—No lo sé, profesor Richardson, pero es evidente que estos hombres han sido heridos por armas de fuego y no a consecuencia de la explosión.

—Creo que debemos ir hacia el interior.

Los hombres ocuparon el coche y emprendieron veloz carrera para salvar los dos kilómetros que les separaban del núcleo principal de la base.

El coche avanzaba entre la nube de polvo que iba disipándose lentamente, descubriendo cada vez con mayor nitidez el perfil de los escombros de lo que fue poco antes un magnífico conjunto de construcciones.

Ya habían avanzado un kilómetro cuando llegó al oído de los hombres el siniestro tableteo de una ametralladora.

Burton no tuvo tiempo de frenar el coche. Los neumáticos

delanteros sufrieron el impacto de varias balas y el coche se ladeó hacia la derecha peligrosamente.

—¡Cuidado, cuidado! —rugió Richardson.

Pero ya era demasiado tarde. Burton dobló el volante hacia la izquierda, pero ya el coche había perdido su estabilidad y no obedeció a la maniobra. Cayó sobre el lado derecho y se deslizó durante quince, o veinte metros, luego dio dos vueltas sobre sí mismo y por último dio una voltereta quedando con las ruedas al aire.

Burton y Richardson habían salido despedidos y se encontraban en el suelo conmocionados.

—¿Cómo está, Richardson?

—Me he hecho daño en una cadera, pero no creo que sea nada grave.

Burton se levantó penosamente y se dirigió hacia el profesor. No había andado más de tres pasos cuando sonó de nuevo el tableteo de la ametralladora y una serie de zumbidos metálicos pasaron por su lado a la altura de la cabeza. Con gesto rápido se tiró al suelo y sacó de la funda la pistola reglamentaria que llevaba. Richardson había hecho lo propio y los dos hombres esperaban el ataque del invisible enemigo. En aquel momento la columna de humo había alcanzado gran altura y la nube de polvo se fue disipando. Burton vio a unos doscientos metros a su izquierda un coche y un camión que se le venían encima.

— ¡Allí, profesor, allí!

Richardson miró en la dirección indicada y comenzó a disparar su pistola, mientras del interior del coche de turismo salía una continua ráfaga de ametralladora. Richardson agotó el cargador en el preciso momento en que el coche pasaba por delante de los dos hombres y emprendía una veloz huida hacia la puerta principal de la base. El camión le seguía a unos cincuenta metros de distancia. Burton no perdió la serenidad y apuntó con cuidado hacia la cabina del conductor. Ya se encontraba el camión a unos treinta metros de distancia cuando Burton apretó el gatillo tres veces consecutivas. Un sordo rugido salió del interior de la cabina y el conductor del vehículo cayó sobre el volante. El camión todavía continuó en línea recta durante unos diez metros, de pronto hizo un violento viraje y dio una enorme voltereta para quedar luego tumbado sobre el lado izquierdo. Burton aún quiso disparar contra el turismo que había pasado en primer lugar, pero era un coche de gran potencia y se encontraba a más de quinientos metros de distancia.

Richardson se levantó y cojeando se dirigió hacia el lugar que ocupaba su amigo.

—¿Cómo van las cosas, Burton?

—Estoy bien, profesor. ¿Y usted cómo se encuentra?

—No puedo quejarme. Quizá una luxación en la cadera, pero nada más.

—Vamos a ver el camión —dijo Burton al tiempo que se levantaba.

Los dos hombres se aproximaron hacia el vehículo volcado, empuñando sus pistolas en previsión de cualquier eventualidad. Se trataba de un camión de gran potencia, cuya caja iba cubierta por un toldo de lona gris. En el interior de la cabina habían dos hombres con la mueca de la muerte inconfundiblemente reflejada en sus caras.

—Vamos a ver si podemos sacarlos de ahí.

—De acuerdo, Burton. Creo que lo mejor sería abrir la portezuela que ha quedado a la parte de arriba.

Burton subió hasta la portezuela y la abrió sin ninguna dificultad. Diez minutos después, los dos ocupantes del camión yacían tendidos en el suelo. Uno de ellos presentaba un certero balazo entre las dos cejas, mientras que el otro había muerto a consecuencia del vuelco al rompérsele la vértebra cervical.

—Es sorprendente ¿verdad?

—Y que lo diga usted, Burton. Son dos orientales. Casi me atrevería a decir que son indochinos.

En efecto, los dos hombres que yacían en el suelo eran de mediana estatura; sus pómulos salientes, sus oblicuos ojos y el negro y alisado cabello les identificaban como seres de raza oriental.

—No comprendo ni una palabra de lo que sucede, Burton. Diríase que estamos en un mundo descabellado donde todo carece de lógica y de sentido.

—Creo que debemos de llegar hasta el centro de la catástrofe.

Richardson tocó su cadera dolorida y calculó mentalmente las posibilidades que tenía de llegar hasta el sitio indicado.

—Está bien. Vamos hacia' allá.

A pesar de lo maltrechos que estaban los dos amigos reanudaron su camino a buen paso y en poco más de diez minutos llegaron a lo que fue magnífico conjunto de edificios de la base atómica.

Ni un solo muro había quedado en pie. La más absoluta destrucción y desorden se había adueñado de lo que antes fue un ejemplar conjunto de equilibrio y regularidad. Las imponentes moles de los laboratorios, los sólidos y bien construidos edificios dedicados a viviendas y despachos, las instalaciones eléctricas,

hasta los automóviles de servicio habían sido destrozados de tal modo, que apenas si eran algo más que un montón de polvo. Todos los servidores de la base habían muerto a consecuencia de la tremenda explosión.

Burton y Richardson se detuvieron ante un bloque de acero de unos cincuenta centímetros de alto por un metro de ancho y algo más de largo.

-—No recuerdo jamás haber visto esto —comentó Richardson.

Burton miró con detenimiento aquel pesado bloque.

—-No, profesor, no. Esto no pertenecía a la base.

—¿Entonces, cómo ha llegado hasta aquí?

—Me inclino a pensar que fue transportado por el camión en el que huían dos de nuestros atacantes. En la parte interior del mismo hay una pequeña pero poderosa grúa eléctrica que debió ser utilizada para depositar esto en el suelo.

—¿Y qué cuernos hace esto aquí?!

Burton meditó durante unos segundos.

—Ya sé que no le gustan demasiado las hipótesis, profesor, pero me parece no ir muy desencaminado al exponerle la siguiente:

—«Este bloque de acero debe de haber servido de base de sustentación a la extraña bomba que ha reducido a cenizas nuestra base».

—¿Por qué había de ser así?

—Tenga en cuenta, que no se trata de un explosivo corriente. Ninguna bomba que no sea de material fisionable hubiera sido capaz de conseguir tan absoluta destrucción. No habiendo sido una bomba atómica, como hemos podido comprobar, se trata de un artefacto de nuevo tipo. Nada puede extrañarnos pues que ese bloque de acero formara parte substancial de ese artefacto.

Ya iba a responder el profesor cuando el ruido de un motor de automóvil les hizo volver la cabeza. Entre una nube de polvo, avanzaba un viejo coche que en pocos segundos se detuvo a la altura de los dos científicos.

Burton reconoció a uno de los camareros del parador en el hombre que descendió del vehículo. Tenía una herida poco profunda en la frente de la que manaba gran cantidad de sangre, que a duras penas trataba de contener con un pañuelo.

—¿Qué le ha pasado a usted? —-preguntó Richardson.

— ¡Pronto, pronto! —dijo el hombre, jadeante— ¡Han raptado a la señorita!

—¡¿Qué dice usted?! —preguntó Burton con voz desencajada.

—Iban en un coche de turismo. Quisimos oponernos y me golpearon la cabeza con una pistola. Al dueño del parador lo han matado.

Sin perder un momento, los tres hombres subieron en el vehículo y emprendían rápidamente el camino del parador.

# CAPÍTULO XIII

BURTON y Robert habían hecho un análisis de la situación. Sentados confortablemente en la residencia que tenía el primero en Chicago, habían repasado uno por uno todos los acontecimientos, y el futuro se mostraba desconsolador.

A la destrucción de la base atómica habían sucedido, en las veinticuatro horas siguientes, una serie de hechos insólitos que habían perturbado al mundo entero.

Varias bases atómicas de distintos países del mundo habían estallado de igual manera que la de Nord Valley.

Inglaterra había lanzado su flota al mar, desconfiando de todo el mundo; pero una misteriosa flota, al parecer invulnerable, había logrado hundir a una buena parte de los efectivos ingleses.

—Te digo que son las veinticuatro horas más asombrosas que pueda vivir mortal alguno.

—Sí, Robert. Los acontecimientos nos sorprenden más a cada paso. Luchamos contra fantasmas, contra seres inaprehensibles qué se burlan de nosotros, sin que podamos hacer nada para oponernos.

Nuestro Estado Mayor se encuentra desconcertado y no han querido ni escucharme.

—Tienes que reconocer, Burton, que no puedes ofrecerles una teoría concreta sobre todos estos acontecimientos.

—Pero debían convenir conmigo en que estamos ante un nuevo tipo de guerra. Diríase que son gentes de otro planeta, con medios totalmente desconocidos para nosotros, los que llevan el ataque.

—Sea quien fuere acabará con nuestros nervios y conseguirá destruirnos totalmente.

—Para mí la situación es más terrible todavía. El rapto de Lauren me sume en una profunda consternación.

—Creo que te has enamorado.

—No niego que siento cierto afecto por la muchacha, pero lo que más me preocupa es que me siento en cierto modo responsable de su rapto.

—Eso es una tontería. Tú no tienes por qué preocuparte. Después de todo, la muchacha no hacía más que incorporarse al servicio, al cual la habían destinado.

El criado de Robert, anunció la visita de un agente de policía. Poco después se introducía en la habitación un hombre de mediana edad, que sin titubeos se dirigió hacia Burton.

—Profesor Burton, perdone que le interrumpa, pero es preciso que me acompañe. Teníamos la dirección de su amigo Robert para el caso de necesitar buscarle a usted; me alegro de encontrarle.

—¿Qué es lo que sucede?

—Tiene que acompañarme al Hospital del Ejército. Su secretaria ha aparecido.

Burton se puso en pie como electrizado; el color se le fue de la cara y quedó suspenso.

—No se preocupe, profesor. Está herida pero no es de gravedad la cosa.

En pocos minutos los tres hombres se encontraron en el poderoso automóvil de Robert, cruzando la ciudad a una velocidad suicida.

Burton subió las escaleras del hospital como una exhalación. En el hall le esperaba un agente de policía que lo condujo a la habitación, ocupada por Lauren.

La muchacha se encontraba en la cama, con la cara pálida pero iluminada por su sonrisa; a su cabecera se encontraba el doctor que la asistía, y dos enfermeras que estaban atentas a la menor orden del médico.

—¡Alabado sea Dios, Lauren! ¿Qué te sucede?

—No tiene gran importancia, Burton. Dos costillas rotas y algunas escoriaciones.

Burton dirigió una muda mirada al doctor, el cual acabó de tranquilizarlo.

—No se preocupe, profesor. La hemos enyesado y dentro de diez días se encontrará bien,

—¿Qué te pasó, Lauren?

—Me dirigía al parador en busca del sacerdote, como tú me dijiste. Estaba hablando con el dueño del mismo cuando paró un automóvil y varios hombres descendieron. Amenazándome con sus pistolas intentaron hacerme subir al coche. El dueño del parador intentó salir en mí defensa y lo asesinaron miserablemente; a un camarero que intentó acudir en su auxilio lo golpearon con la pistola y lo dejaron fuera de combate; luego me llevaron a la fuerza hasta el vehículo y partimos a toda velocidad. Yo dejé de ofrecer

resistencia hasta que pasamos por las inmediaciones de un poblado, entonces me arrojé del automóvil y cai rodando por el suelo. Por un momento frenaron el coche, pero luego lo pensaron mejor y continuaron su camino.

—Doy gracias a Dios porque la mala racha se haya detenido ahí —murmuró Burton.

—Espero que pronto estaré bien. Solo quiero pedirte un favor.

—Concedido de antemano.

—No dejes que te destinen otra secretaria. Resérvame el puesto.

Burton sonrió ampliamente.

—Ten la seguridad de que nadie ocupará tu puesto hasta que estés en condiciones de incorporarte a tu trabajo.

La muchacha apretó la mano que le tendía Burton y sonrió encantadoramente.

—Ahora debo abandonarte, Lauren. Tengo una reunión con el Estado Mayor dentro de media hora.

Lauren se despidió de Burton y estrechó la mano de Robert que había' permanecido silencioso durante la entrevista.

Los dos amigos abandonaron el hospital.

* * *

Cuando Burton llegó al Estado Mayor, le aguardaba la noticia más sorprendente que pudiera imaginar.

Como en otra ocasión el propio Presidente ocupaba el lugar de honor de la reunión. Una vez que Burton hubo tomado asiento el Presidente tomó la palabra:

—«Señores: les he reunido a todos para comunicarles algo asombroso. Hace una hora he recibido un mensaje al cual voy a dar lectura.

El Presidente desdobló un papel que tenis entre las manos y leyó con voz firme:

—«Al Presidente de los Estados Unidos y a todos los Estados de la Tierra. Hemos dado una pequeña muestra de nuestra potencia. Esperamos que habrá servido de escarmiento y se seguirán al pie de la letra las instrucciones que damos a continuación: Esta noche, a las once, en el Polígono de tiro de la ciudad de Nueva York, y sin otros testigos que el Presidente y su Estado Mayor, llegará nuestro emisario. Será retirada la guardia del mismo y todas las puertas quedarán abiertas para el libre acceso de nuestro emisario. Sus instrucciones serán seguidas al pie de la letra o de lo contrario desencadenaremos una guerra sin cuartel que borrará de la faz del

mundo a los Estados Unidos. Firmado, «El Hombre de Ayer».

Cuando el Presidente terminó la lectura del documento dirigió una mirada circular hacia sus subordinados.

—Esta es la causa por la cual hemos celebrado esta reunión en Nueva York, en lugar de hacerlo en Washington. No tenemos ni la menor idea de quién es ese misterioso «Hombre de Ayer», pero he decidido seguir sus instrucciones, al objeto de ganar algún tiempo para nuestra defensa.

Todos los reunidos se mostraron de acuerdo con la actitud del Presidente y decidieron permanecer juntos hasta el momento de trasladarse al Polígono de tiro.

El General Jefe de Estado Mayor dio las órdenes oportunas para que el establecimiento quedara en las condiciones deseadas por el misterioso comunicante.

A las diez y media, una caravana de coches, sin escolta ninguna de la policía, se dirigió hacia la amplia construcción donde se asentaba el Polígono de tiro. Nadie salió a recibirles, ni a ponerles impedimento alguno. Los coches se deslizaron hacia el interior del edificio y desembocaron en la gran explanada que servía para las prácticas de adiestramiento de los soldados. El silencio era impresionante y a la débil luz de las bombillas el inmenso patio parecía agrandarse con el perfil de las sombras.

Todos los hombres de la expedición descendieron de los automóviles y esperaron en profundo silencio.

De pronto llegó a los oídos de los concurrentes la extraña melodía que Burton había escuchado ya por dos veces. Parecía descender el cielo e inundaba hasta los últimos rincones con sus extraordinarias y fantásticas notas. Todos los hombres del Estado Mayor escuchaban con asombro aquella música inverosímil que no parecía venir de ninguna parte. Agudos silbidos, notas graves, trémolos maravillosos, sonidos susurrantes como si un gran monstruo serpentease sobre finísima arena, una gama, en fin, que no podía compararse a nada semejante.

Una luz descendió sobre los hombres que ocupaban el patio y fue iluminando todos los ámbitos de la inmensa explanada. Un apagado ruido de pasos a sus espaldas les hizo volver la cabeza.

La sorpresa fue general, pero de todos fue Burton el más sorprendido. A sus espaldas, y avanzando serenamente vio al hombre del Himalaya.

Llevaba la misma indumentaria que la vez que le vio aparecer entre el coro de fanáticos monjes. Sus pisadas sonaban blandamente sobre la tierra y su mirada parecía perdida en el vacío. Cuando llegó a unos veinte pasos de los asombrados espectadores se sentó en el

suelo, cruzó las piernas y puso sus manos sobre las rodillas con las palmas hacia arriba. De pronto comenzó a hablar.

—«La Rueda se interrumpe para que el hombre llegue al nirvana. Caerán los imperios y todo volverá a la Inmensa Quietud. Abandonad vuestra gloria y poderío; renunciad a vuestra fuerza, someteos al que os ha de dictar sus órdenes, si no lo hacéis así seréis muertos sobre vuestros puestos y no tendréis tiempo de arrepentiros. De ahora en adelante estad atentos al que ha de dictaros sus órdenes».

El hombre calló ante la mirada atónita de todos los presentes. La extraña sinfonía dejó escuchar nuevamente sus notas y una luz vivísima cegó a los asombrados hombres del Estado Mayor. De pronto se interrumpió la luz y una profunda oscuridad rodeó a los presentes. Cuando se fueron adaptando nuevamente a la débil luz que proporcionaban las bombillas, el misterioso personaje había desaparecido, como la vaga sombra de un sueño que se desvanece.

**FIN DEL TOMO PRIMERO**

Un solo hombre había conseguido sojuzgar al mundo. Un ejército de fantasmas atacaba ferozmente, invulnerable a todas las armas de los humanos. El pasado se levantaba contra todos los seres de la Tierra y las más grandes poblaciones eran arrasadas por los bombardeos atómicos.

## EL HOMBRE DE AYER

Se había erigido en dueño y señor de la Tierra y un solo hombre conocía su secreto. La sinfonía de las estrellas preludiaba la aparición de la muerte sobre la Tierra.

La colección

*Luchadores del Espacio*

lleva la más apasionante intriga al espíritu de sus lectores, a través de una de las más asombrosas novelas nacida de la segura pluma del

PROFESOR HASLEY

## EL HOMBRE DE AYER

dictaba con sangre sus órdenes. Sólo la fe y el sacrificio podían vencerle.

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.